

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

La Cultura Criolla y la Tradición Cultural Criolla de La Pampa

(3ª parte)

3. LA PRIMERA EXPLOTACION INDUSTRIAL

En la periferia de Buenos Aires estaban los saladeros. Las tareas que allí se cumplían conservaban el aire primitivo de la faena rural en las postimerías del siglo XVII. La descripción de esas labores que glosaré para ilustrar el tema lleva la firma de D'Orbigny que recorrió el país entre 1828 y 1829 y de su largo viaje por América del Sur dejó un libro titulado "Voyage dans l'Amérique Méridional". La versión castellana fue editada en Buenos Aires en 1945. El trabajo empezaba con la luz del alba. Algunos peones entran en el corral, enlazan al animal por los cuernos y lo obligan a salir, mientras otros a fuerza de golpes los conducen al sitio de matanza. El peón que arrea los animales "sin descender del caballo, de una cuchillada diestramente aplicada, le corta los jarretes posteriores a fin de impedirles caminar; luego otros, derribándolo le dan un golpe en el pescuezo para desangrarlo", o sino con gran habilidad le hunden la punta de un cuchillo "de-

trás de la nuca de manera de llegar a la médula espinal". De ahí en adelante trabajan dos hombres por animal muerto, para cuerear y carnear. Abren la piel a lo largo del vientre y las patas, del lado de adentro y sin terminar de extraer el cuero, comienzan a carnear con gran destreza. Luego de sacar los cuartos "los mismos hombres arrancan toda la carne de los huesos en cuatro o cinco jirones". Llevan luego el cuero al tinglado y allí separan los huesos de la carne restante, extendiendo los cueros en tierra y se los cubre con una gruesa capa de sal, luego se extiende con cuidado una capa de trozos de carne y "alternativamente una capa de sal y otra de carne, hasta formar una elevada pila cuadrada, a la que no se toca durante 10 ó 15 días, para que las carnes se saturen de sal". Después de ese tiempo, se "expone diariamente la carne al aire sobre las cuerdas hasta que quede seca del todo, lo que la hace menos pesada y más fácil de transportar".

Fue esta la que bien puede llamarse la primera industria porteña, que en menos de veinte años se convirtió



Capataz y peón de campo (Prillidiano Pueyrredón).

en un establecimiento de envergadura mayor: "Hay en este establecimiento unos trescientos peones, divididos en diferentes grupos, según la tarea particular de cada uno. Mientras funciona el lazo, mientras el sangrador degüella —las piernas desnudas, entre la sangre hasta las rodillas— sacan el cuero y cortan la cabeza y otros transportan la res sobre los rediles hasta unas mesas donde separan la carne del costillar para hacer tasajo... A los cuernos se les despoja de su envoltura escamosa y el resto va a la máquina de vapor que les extraen la substancia. El sebo se saca de las partes más gordas del animal; el aceite de quinqué, de las patas; el residuo de todo esto se vende como abono; el resto (tiras) de cuero sirve para hacer cola de pegar y todo se utiliza, hasta la más mínima partícula... Desde que han aumentado las máquinas a vapor, los cuernos, así como los huesos calcinados, se ponen aparte para encender los hornos y quemar los restos de los animales". Así vio un saladero en 1850 un francés llamado Xavier Marnier, en su libro Buenos Aires

Un alto en la huella.



Indios pampas (Carlos Morel).

y Montevideo en 1850. La figura de "los carniceros" recuerda la clásica presentación de El Matadero de Esteban Echeverría, que es también un documento de época que todo el mundo conoce y no repetirá.

4. CAMPO AFUERA

En el pago de la Magdalena, allá por San Borombón, estaba la estancia de Newton, construida de ladrillos y bien edificada. Tiene delante una galería sostenida por pilares de madera. Algunas rejas, bastidores y postigos y las ventanas son de hierro e importadas de Birmingham. La huerta, circundada de fuerte alambrado, contiene hortalizas de varias clases, tropicales y europeas... El parque y el jardín, menos extensos, se hallan defendidos de las incursiones de vacas y ovejas por setos formados de arbustos espinosos y por una cerca de hierro... Dos lados de la tierra arboleada y los otros dan al patio y a los galpones. En uno de estos funciona un aparato a vapor para derretir grasa de vaca y de oveja".

En las orillas del Salado, vecino a los pagos de Chascomús, había varios núcleos de inmigrantes de origen irlandés especialmente que se dedicaban a la cría de ovejas. Eran propietarios de grandes majadas. Buena parte de ellos llegaron al país pobres, ignorando el idioma y las costumbres del campo y trabajaron en casa de algún compatriota. En poco tiempo pudieron ahorrar dinero y hacerse propietarios. Además hay años que las ovejas, mantenidas con los cuidados necesarios se duplican en número. "Como es natural un hombre pobre, acostumbrado desde su niñez a cuidar a los corderillos lo mismo que su madre, obtiene rendimientos mayores que el rico propietario de majadas numerosas, que se vale de peones para vigilarlas, porque es difícil o imposible encontrar cuidadores diligentes y experimentados". Para mediados del siglo la significación del ganado lanar anunciaba ya su importan-



Riña de gallos (Carlos Morel).

cia futura. En las vecindades de los Saladeros, "en el pueblo de Barracas" empiezan a crecer los lavaderos de lana primitivos: sumergían los peones en agua los cueros de oveja y los golpeaban sacándole sus espinas de cardo y abrojos que traían adheridos.

Por los pagos del Tandil el panorama no era alentador. Una decena de comerciantes tiene casa en el pueblo y sus intereses también en el campo. No había en el pueblo ningún artesano. La iglesia estaba en ruinas (1847). No hay clérigo en la villa y los muertos son inhumanos sin servicio religioso alguno. Periódicamente un sacerdote misionero visitaba el lugar, celebraba misa, casaba y bautizaba niños.

La llanura santafecina meridional era más solitaria aún. Ni árboles ni accidentes distraían la vista del viajero. "Daba miedo perderse en aquella llanura solitaria; se avanzaba por el rumbo, pues el camino inundado por el tránsito era pavoroso y el viajero marchaba envuelto en una nube de tierra pulverizada. No había pueblos, cortijos ni labranza". La soledad era únicamente interrumpida por las tropas de carretas o los arreos de mulas, expuestas a ser atacadas por los indios. Los correos y los charques recorrían el desierto de posta en posta. (Así lo vio MacCann).

En la línea de fronteras, aparecían de repente, quebrando la monotonía del paisaje, las construcciones de guardias y fortines. Cuando John Miers pasó por allí la Guardia del Salto "era un pequeño pueblo formado por algunas casas aisladas, construidas con adobes y dispuestas en forma tal que dibujan dos calles cortadas en ángulo recto". Había también cercos construidos con adobes para delimitar las huertas. La plaza cuadrada estaba en el medio del pueblo, a uno de cuyos lados estaba el cuartel. El fuerte "es un amontonamiento cuadrangular de adobes, de unos veinte pies de largo por diez de alto". En ese entonces estaba muy deteriorado y tenía "apariencia miserable".

5. EL DEUTERAGONISTA

Deliberadamente he dejado para el final de esta nota al indio, personaje que se movía en la esfera de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa. Lo haré en breves pantallazos que corresponden a momentos distintos, con la debida documentación. Respecto del indígena se reconocen dos categorías: el indio manso o "indio amigo", y el otro, asunto sobre el que volveré.

El día 21 de diciembre de 1806 se presentaron "diez caciques a pedir audiencia a este Ilustre Cabildo, que se juntaron todos en la sala capitular sentados y los diez caciques en el suelo sentados, delante de los retratos de Vuestras Majestades. Diciendo que venían a nombre de 20.000 de ellos a ofrecerse con 5 caballos cada uno, motivo único a matar a los colorados (ingleses) que sabían querían intentar otra vez quitarnos el suelo... Enterado el ayuntamiento por lenguas varias, le dio las gracias y que siempre que se ofreciera se los mandaría avisar. Todo esto se ha dado a la Prensa, que a los enemigos les ha de causar cuidado, aunque son indios con sus armas". Este es un relato del Diario de un soldado, de autor anónimo (Archivo General de la Nación, Buenos Aires, 1960, p. 15). ¡Fascinante!, como dicen en televisión ¿no?

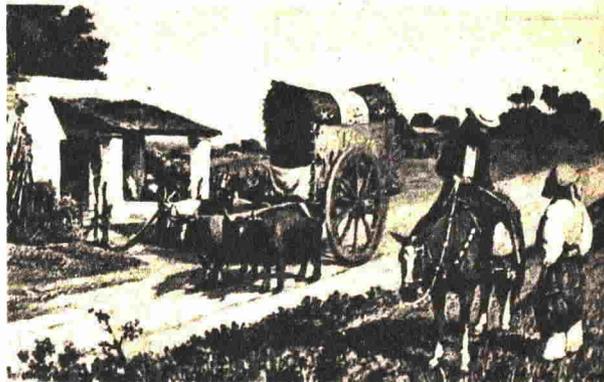
El 30 de diciembre de 1810, Manuel Belgrano, en su campamento de Tacuarí redactó un Reglamento para los pueblos de Misiones, que se adelantó en algunos aspectos a la Soberana Asamblea del Año XIII. Su art. 1º los declara libres a los naturales y el art. 2º los libera de todo tributo. El art. 7º expresa que se les dará gratuitamente "suertes de tierra" y el art. 18º habla de que "nada se haría dándole tierra a los naturales, sino se le hacían anticipaciones así de instrumentos para la agricultura como de ganado para el fomento de las crías" y por eso ocurrirá ante la Excelentísima Junta. El plan de trabajo para las deliberaciones del Congreso de Tucumán

Boleando avestruces (Emeric Essex Vidal).





Una barraca de cueros y lanas (Taylor, 1876).



Domingo en los suburbios (Prilidiano Pueyrredón).

mán, en su acápite 16, retoma la propuesta: "La arreglada distribución a los naturales en plena propiedad de las tierras de comunidad con alguna habilitación de las primeras herramientas para fomento de la labranza". Don Manuel y los diputados de Tucumán miraban lejos... ¿verdad?

Cierro con la versión de los "Indios amigos" según los hermanos Robertson. "Es esta una tribu transhumante, pero en realidad pacífica, cuya alianza con las gentes de Buenos Aires se ve interrumpida rara vez". Su figura no era desconocida en la ciudad según lo ha recogido la iconografía del siglo pasado. Según los autores citados, "son muy aficionados a robar todo lo que encuentran en su camino y si pueden obrar con impunidad, asaltan las estancias, se apoderan de las cosas de mayor valor y arrean cuanto ganado pueden". Comentan con velada ironía que después del robo desaparecen por cierto tiempo y cuando estiman que el asunto ha sido olvidado o perdonado, vienen a visitar al Director en entrevista

formal, que los recibe y les da unos pesos y "se apresuran a volver a su vivac en las cercanías de la ciudad". Estaban instalados al fondo de un campo en las afueras de Buenos Aires, propiedad de "un agente de los mismos indios", que se ocupaba en vender las mercancías de los indígenas: riendas lindamente trenzadas, enlazados, diversas clases de pieles, cinchas de varios colores, lazos, boleadoras, sobrepuestos y artículos de otra naturaleza, pero sobre todo aparejos para el caballo". Los indios pampas recibían en trueque de su patrón, como llamaban a este verdadero agente, "ponchos, cuchillos, tabaco, lienzo, alcohol". Una vez provistos, se ponían en marcha con mucho aparato, esta vez hacia sus tolderías. Agente de los indios, "patrón". Aquí también existían esos personajes.

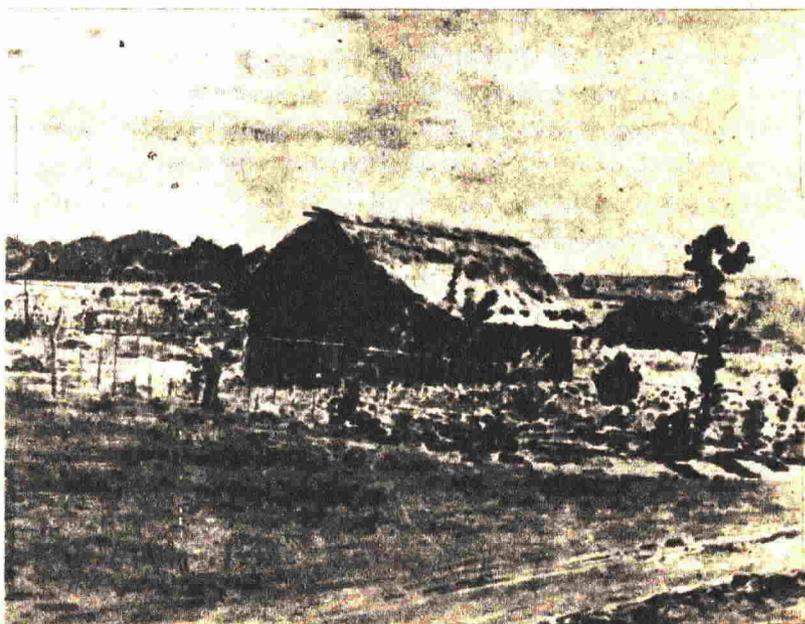
El otro indio es el que opone resistencia al avance de la frontera interior, que avanzaba lentamente y motivará finalmente la campaña del General Roca. Documentos de 1816 hacen notar ya que los indios utilizan como

pretexto la amistad y cuando regresan a sus tolderías "roban impunemente" y "sin estrépito nos arrasan diariamente los campos reduciendo a nuestros ganados y estancias y chacras del Salado a una miseria espantosa". Esto sin contar con los malos que cumplan en ciertas épocas del año.

Has entrevisto, amigo lector, cómo era nuestra pampa al promediar el siglo pasado. En la próxima nota hablaré de la agricultura y trataré el asunto gaucho. He usado testimonios casi todos de extranjeros y otro tipo de documentos que no lucen erudición, sino fundamentan, mis aseveraciones. Es muy probable que si tienes hijos, sobrinos, hermanos menores o nietos que cursen estudios secundarios, tengas al alcance de la mano la obra de Graciela Meroni, titulada *La historia en mis documentos*, editada por Huemul, que se usa en ese ciclo escolar. Allí podrás ver algunos de los que cito y muchos más. Si es así, échales una mirada cuando tengas tiempo. ¡Hasta pronto!



La esquila.



Paisaje (Sívori).



Gaucho de Buenos Aires (D'Hastrel).

Hombre de la campaña en la época de Rosas (Corbalán).



CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

por **GIRO RENE LAFON**

(4ª parte)

LA AGRICULTURA

En las notas anteriores he enfatizado los orígenes y la consolidación de la que he denominado la Tradición Cultural Criolla de La Pampa, en cuya integración el papel predominante fue representado por la relación hombre, ganado y medio, que en el transcurso de sucesivos segmentos de su evolución temporal, pasó desde la primitiva cacería del ganado cimarrón, de neta raíz aborigen, hasta la industria saladero, pasando antes por el aprovechamiento "sul generis" de la estancia colonial, hasta integrar la compleja relación Estancia-saladero que culminó a mediados del siglo pasado.

Para estos años la agricultura no contaba para la economía nacional, pues estaba reducida a pequeños cultivos, en áreas vecinas a centros urbanos de cierta significación. En la década que transcurre entre 1850 y 1880 empieza a gestarse un proceso de gran trascendencia que un estudio, James Scobie, llamó la "Revolución Agrícola". La revolución de la agricultura en la segunda mitad del siglo pasado y en sus postrimerías "creó un país y un pueblo nuevos, en gran medida como en otros tiempos la Revolución Industrial había transformado la faz de Inglaterra y la de Europa. Los pobladores españoles, la economía pastoril de Buenos Aires y el surgimiento político de una nación representaron pasos históricos en el proceso del crecimiento argentino. Sin embargo, hasta que se consolidó la fase de la producción de cereales y carne para los mercados europeos, la base económica y social para la que se llamará Argentina Moderna no estuvo completa. La llamada Revolución Agrícola fue un resultado concreto de la expansión de la cría de lanas hacia el sudeste de la provincia

de Buenos Aires y de la instalación de colonias agrícolas en Santa Fe, que iniciaron la explotación intensiva de la Pampa Húmeda, al norte del paralelo 34.

La agricultura en sus comienzos no pasaba de ser una actividad productiva a nivel doméstico, y cuando lo trascendía, no iba más allá de una reducida área geográfica, casi lugareña, porque la explotación de la tierra reproducía sin innovación alguna, la rutina del aldeano español de los siglos XVI y XVII. Así lo confirma el testimonio de John Miers, que recorrió estas tierras entre 1820 y 1824, cuyo relato fue publicado bajo el título *Viaje al Plata*, aparecido en Buenos Aires en 1968. En él puede leerse cómo eran las herramientas utilizadas. Dice: "Vi allí (Rojas, Pcia. de Bs. As.) un arado del país; es de construcción muy simple. Como consecuencia de la escasez de árboles es difícil obtener madera, para esos rústicos implementos y por lo tanto se ven pocos. El único hierro utilizado en ellos es una plancha que llaman roja y forma la punta del arado. No tiene cuchilla, ni roja ni vertedera. La operación de arar consiste en arañar la superficie del suelo, en surcos superficiales y muy juntos, con lo cual la tierra queda desintegrada". Este arado era tirado por bueyes mediante una vara frontal que se unía al yugo. La molienda para el aprovechamiento del trigo también era de neta raíz española. Los molinos eran de construcción rústica y aparejo simple, en tanto que la materia prima fundamental consistía en madera y cuero. La fuerza motriz era proporcionada por una yunta de mulas. "El movimiento era extraordinariamente lento porque en lugar de unas cien revoluciones, se producirían escasamente diez en un minuto y

en esta forma el trigo quedaba más bien triturado que molido. De este mismo tipo son todos los molinos en las proximidades de Buenos Aires. En ninguna parte hay una caída de agua capaz de producir fuerza motriz; y los molinos de viento están muy por encima de la capacidad mecánica del pueblo del Plata (sic)". Así se expresa el mismo autor respecto de la molienda de granos en esa época.

El almacenamiento del grano representó un grave problema, en cuya solución jugó su papel, como en tantas otras oportunidades, el cuero de animales. Esta vez usará el testimonio de Roberto Proctor un escritor y viajero inglés, que cruzó el país hacia el oeste, fue a Chile y de allí pasó al Perú. Estuvo vinculado con un contratista del ejército peruano y vivió en Buenos Aires en 1823. Dejó un relato titulado *Narraciones de un viaje por la Cordillera de los Andes*. No describe el procedimiento para cosechar en los "manchones de trigo y de maíz" vecinos a los ranchos "pero sí el modo de conservar la mies en un granero de las Pampas, realmente curiosísimo. Cuatro fuertes vigas derechas se plantan firmes en el suelo, con un techo encima y entre ellas se cuelgan dos cueros de buey entrecosidos y mojados conservando la forma de cabeza y patas; dentro de la bolsa así dispuesta el grano se pone tan apretado como sea posible, y una vez coada, los cueros quedan casi de la talla y figura de elefante. Está lejos de ser mal ideado para defender el grano de la intemperie o librarlo de los bichos".

Por ese entonces la gente no veía el papel integrador que esperaba al cultivo intensivo del suelo. La ganadería era el único medio directo para dominar la Pampa, sin contar con que los agricultores eran vistos con general subestimación, como fueron tratados casi siempre los trabajadores de la tierra. En el horizonte argentino se ven vacas, caballos y ovejas. Sólo algún visionario piensa en trigo, maíz y cebada. Otra faceta de la cuestión está en la falta de brazos. Estamos aún en "tiempos del gaucho", porque todavía no aparecerán los gringos en proporción suficiente.

En efecto, el Reglamento de Inmigración de 1825, de inspiración rivadaviana, concretó una propuesta: el empleo de inmigrantes y trabajo de extranjero que llegara al país sin destino; quería hacer venir de Europa a labradores y artesanos y prometía que no se producirían abusos y que quedaban liberados de todo servicio (militar o civil) forzoso y garantizaba la libertad de creencias religiosas. La propaganda tuvo éxito en Inglaterra y se anunció la salida de un contingente de colonos desde Glasgow y Liverpool con la responsabilidad de la compañía denominada Asociación Agrícola del Río de la Plata. De ahí nació la Colonia Barquin, que no salió adelante por razones extra-agrícolas: la situación política del país, deficiencias en la aplicación de la ley de tierras y el rechazo de los extranjeros,



Soldado Federal (Monvolstin).

sentimiento muy arraigado en las gentes del campo. Los colonos fallidos no se perdieron para el progreso y a ellos se debe en la mayor parte el cambio de actitud de la gente con respecto a las tareas agrícolas. Los vascos difundieron y enseñaron a los paisanos de las chacras bonaerenses las pequeñas industrias y explotaciones desconocidas. Fueron los precursores. Los irlandeses de la Ensenada hicieron también lo suyo.

Vinieron luego ambiciosos proyectos de colonias agrícolas cuyo destino fue casi siempre el fracaso por la inestabilidad política o por el incumplimiento de los gobiernos provinciales comprometidos. Cuando llegó Aaron Castellanos, la situación era de ese tipo y Esperanza se salvó gracias a la intervención oficial de las autoridades nacionales. No fue casualidad tampoco que casi todos estos intentos estuvieran destinados a regiones no demasiado aptas para tareas pastoriles, marginales y expuestas al ataque de los indios: muchos ganaderos

A los señores hacendados.

En vista de los repetidos pedidos que se han hecho a los señores Eduardo Olivetti y hermanos para la venta de carneros Rambouillet de su afamada cabaña Los Andes, estos señores han resuelto a instancias de los señores Olivetti, haciendo desde ya los días 17 y 20 del presente mes y 2 de setiembre, para la venta de sus carneros.

De 16 magníficos carneros

Sangre pura Rambouillet

Venid a nuestra consagración en el vapor ferrocarril "PORTENA".

Por cuenta y orden del afamado criador de Wideville

(BUENOS AIRES)

Sr. D. V. Gilbert

EN NUESTRA CASA ALSINA No. 75

Como se sabe, el Sr. Gilbert obtuvo en el gran ferrocarril de la Exposición Universal, 2 premios de 1ª clase por sus hermosos animales que como se sabe son perfectos en sus formas y en cuanto a la calidad de la lana, no dejan que desear.

Avisos en los diarios.

de más al sud, en el caso de Santa Fe, pensaron que podían servir como "cochón" para defensa de sus majadas.

Pero fue esta provincia la que dio el ejemplo de aprovechamiento de las tierras aún marginales. La colonia de San Gerónimo Norte fundada en 1858 fue la primera de una larga serie. En Entre Ríos, con la ayuda de Beck Bernard se había instalado en 1857 la colonia San José, en tierras de Urquiza, en la enorme estancia vecina al río Uruguay. En Buenos Aires, algunos previsores cedieron terrenos para la instalación de la colonia en Baradero.

Fue en esa región de Santa Fe, donde se intensificó el cultivo del trigo y donde primero se afincaron los colonos extranjeros. En esa tónica estuvieron tanto el gobierno provincial como las compañías privadas y los ferrocarriles, sin que faltara algún terrateniente que advirtiera que los cultivos anuales podían aumentar el valor de sus posesiones, a menudo inexploradas. Había empezado a prepararse un gran vuelco económico que se concretará alrededor de 1880, cuyos efectos producirán lo que se ha dado en llamar la Argentina Moderna.

2. LA REVOLUCION AGRICOLA

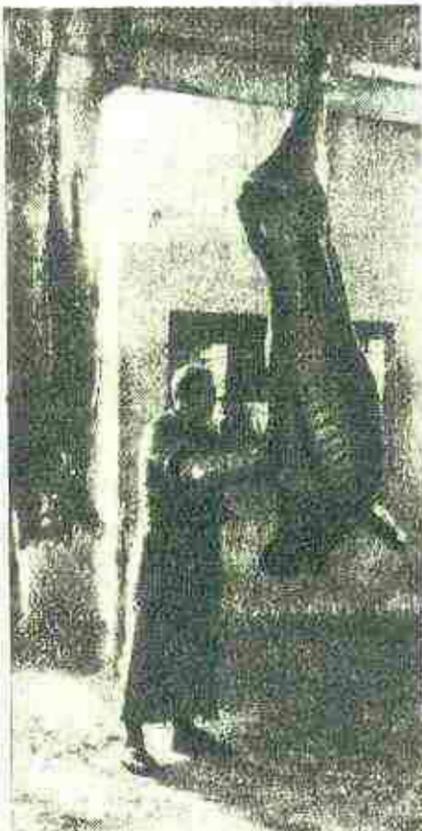
Las colonias de Santa Fe, pequeñas y no muchas, no fueron capaces de absorber la cantidad de inmigrantes que empezaron a llegar como consecuencia de la ley de Inmigración de 1876. La gran revolución se produjo no por las colonias en sí sino como consecuencia de las necesidades de la actividad pastoril, o sea, por las necesidades de los mismos que habían visto con malos ojos a los agricultores. El primer gran factor de cambio fue la Conquista del Desierto que hemos conmemorado estos días, que eliminó la amenaza del indio en la frontera. El segundo factor fueron los ferrocarriles: la explotación agrícola-ganadera fue una consecuencia de la inversión británica en la construcción ferroviaria. Favoreció el ramal Rosario-Córdoba la expansión de la explotación de la tierra. Luego fueron el Ferrocarril Oeste y luego el Ferrocarril Gran Sud. El tercer factor fue un factor interno de la economía local. La cría de vacas se había estancado por falta de mestizaje. La lana que se explotaba era lana sucia, que había reemplazado a los cueros y al tasajo. El problema era la carne. Se hicieron ensayos con el jugo de carne, con la deshidratación o el envase al vacío o agregando conservadores, pero no tuvieron éxito a nivel comercial. Hubo que esperar a que los ganaderos agrupados en la Sociedad Rural institucionalizaron el mestizaje, que trajo toros de pedigree y con ellos el alambardo y los campos sembrados con alfalfa. Para esto se necesitaba mano de obra y recién los hacendados pensaron en el inmigrante, que no tuvo las mismas perspectivas que en Santa Fe.

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

3. DOS ESTILOS DISTINTO

En la campaña bonaerense habla un lugar esperando al inmigrante, con una economía en marcha. Pero los propietarios no estaban dispuestos a vender una parte de sus tierras, las más caras del país. En esta área de predominio ganadero, el inmigrante fue arrendatario. Su trabajo al comienzo fue desflorar la tierra de la Pampa, eliminar el pasto duro y sembrar alfalfa para que el ganado comiera.

El puestero fue el poblador de transición en los campos del sud de la provincia de Buenos Aires, entre los últimos gauchos que habían servido a los estancieros y lucharon denodadamente contra el indio, y los pobladores actuales. "El puestero fue el que preparó el ambiente para llegar a la explotación extensiva. Los puesteros fueron la primera familia agraria argentina dándole al puestero arraigo de hogar, base fundamental de toda estructura económica, política y social de todas las naciones de la tierra... Los puestos estaban diseminados a distancias prudenciales por las líneas del campo en sus cuatro costados, siendo los verdaderos guardianes de todas las haciendas, vacunos y yeguarizos que representaban el capital de estancia... los puesteros eran hombres con familia, argentinos o extranjeros". En el primer caso estaban obligados "a atender la majada y ayudar en los trabajos de a caballo". "Los extranjeros, italianos y españoles en su casi totalidad, ayudaban en



Interior de un frigorífico de los años '30 (La Prensa, 1931).

los trabajos de hacienda cuando había apuro, pero por lo general se dedicaban a los trabajos de a pie". Estos trabajos iban desde plantar los árboles que son los montes viejos de hoy, matar vizcachas y alambrar, hasta bañar las ovejas.

La vida era dura en esos tiempos y en esos lugares; las distancias grandes y las comunicaciones escasas. La convocatoria al trabajo fue resuelta de singular manera. "El capataz mandaba a uno de sus mensuales al puestero más cercano con el encargo (sic) de que mañana, por ejemplo, se recogería el ganado de la noria. Este

tenía que pasar la cita al otro vecino, y este al otro, y así sucesivamente se pasaba la orden de un puestero al otro para que al otro día, todos antes de la salida del sol, salieran con sus respectivas tropillas a la recogida". Debe recordar el lector que se trabajaba "en campos completamente abiertos, pues recién se empezaban a cercar las estancias con alambrados por sus cuatro costados, vale decir, que quedaban grandes extensiones de campo adentro de esos alambrados de diez mil, quince mil y más hectáreas en un solo potrero". (El subrayado es del autor).

"A los costados de estos alambrados se instalaban las chacras" que se componían, por lo general, de un rancho de césped, con techo de paja vizcachera... una pieza habitación para la familia del chacarero en la que dormían hacinados y en la más completa promiscuidad todos los miembros de la familia; otra pieza más grande servía de cocina, dormitorio de peones y hasta para cobijar algún viajero... Un corral de césped zanjeado alrededor para encerrar la cabalada, completaba la chacra". Enemigo terrible en la ocupación para la nueva explotación fueron el pasto puna y la paja vizcachera. Enfrentáronse entonces con el arado, exponente de civilización, contra ese enemigo natural y el proceso largo llevaría a la victoria del arado sobre el pasto.

El problema crucial de los chacareros era, y en algunos lugares es, la propiedad de la tierra. Todavía a finales de la década del '30, un viejo poblador de la pujante ciudad de Tres Arroyos hablando, en ocasión de la inauguración de una colonia agrícola en San Francisco de Belloc, recordó en su discurso a la familia agrícola argentina, comparándola con una tribu irachumante. Su descripción fue por demás elocuente: "¿Quién no ha contemplado con asombro... la mudanza del chacarero? ¿Quién no ha observado esa caravana de carros de toda laya y en el que por lo general primeramente figura el más vistoso con la familia y los pocos muebles que componen su ajuar, luego un segundo carro cargado con palos de alambrado, rollos de alambre de púa, varillas, cubrerías y mojinetas con que se armará el nuevo rancho, seguido de otro carridango más viejo y desvencijado, con jaulas de gallinas, patos, gansos, cerdos y por último el boyerito o caballero arreado la tropilla y cinco o seis vacas lecheras, ayudado por unos cuantos perros de todo tamaño y pelaje?" La imagen recordada en este texto no se ha repetido, pero es un verdadero testimonio de época.

Para ilustrar este estilo de vida he utilizado esta vez no los textos de un viajero inglés, sino el relato de un viejo poblador del sud de la provincia de Buenos Aires, en los pagos de Cristiano Muerto, que puede ubicarse sin violencia a partir de 1900. La población "se componía de gauchos, algunos indios y extranjeros. Los gauchos eran buenos y generosos con el

extranjero, siempre que no estuvieran en estado de embriaguez; en ese estado sentían un odio ancestral por "el gringo" tratándolo de tal y cual. Los indios, entregados ahora a la vida civilizada, eran restos de tribus, que habían vivido por esos contornos; muchas veces, entre trago y trago, dejaban al descubierto el odio salvaje que sentían por el gaucho. Los extranjeros comprendían la otra parte de la población. Eran en su mayoría vascos aun cuando se encontraban también españoles e italianos".

Todos los textos encomillados han sido tomados de una joyita testimonial titulada "El puestero", que lleva la firma de Faustino Huarte, editada en Tres Arroyos en 1947 por la entonces editorial Miralles. He elegido esta fuente, seguramente no muy conocida, y esa zona para ejemplificar, como un homenaje a mi patria chica y a mis antecesores, gringos unos y criollos los otros, que llegaron en esa época a trabajar al campo del futuro. Después sí, llegó la zona en cuestión a convertirse en el "granero del mundo". El tiempo de los ganados y las mieses. La época de las vacas gordas, que culminó allá para el Centenario. La Pampa Húmeda era el país. Y en ella, en la mitad norte, en tierras de Santa Fe y de Corrientes privó un estilo de vida distinto, que ya a fines del siglo XVIII habían sido verificados por Félix de Azara. De él trato a continuación.

En la mitad norte de la Pampa Húmeda las cosas fueron organizándose de otro modo. Importa mucho seguir el desarrollo de las colonias agrícolas de Santa Fe, que inauguran una modalidad económica local. Los inmigrantes fueron provistos de crédito por las compañías de inmigración con promesa de pago una vez que se afincaran. Con el tiempo el comerciante de campaña y el comercio local dieron crédito de las casas de Buenos Aires, y alguna vez, desde Europa. Esta modalidad económica, que nace con los colonos de Santa Fe, tendrá su forma homóloga, un poco más tardía, en la campaña bonaerense: arrendatarios y chacareros tendrán su "banco" local de las firmas cerealistas o en las casas de remate y ferias de ganado. Sistema que en nuestros días todavía funciona corrientemente.

Gracias a él empezó a mecanizarse

el agro santafesino. El arado de pala con uña de hierro fue reemplazado por arados fabricados en las herrerías de las colonias, como el arado Tabernine, confeccionado en Esperanza por un inmigrante tirolés. Para cosechar usaron guadeñas y segadoras. La trilla la hacían al más puro estilo aldeano europeo, con yeguas que pisoteaban las gavillas en las eras preparadas de antemano, para esperar el día propicio para aventarlo. Es claro que con este método la producción de trigo no hubiera aumentado mucho, pero bien pronto adoptaron las mejoras procedentes de Estados Unidos. El arado de acaro con asiento y rejas múltiples aceleró el trabajo, al bien el problema de tirar esas máquinas demoró el progreso. Eran estos gringos "gente de a pie", no criaban caballos y se manejaban con bueyes. Recién para el Centenario se introdujeron los primeros ejemplares de la raza equina de los Percherones.

Aparecieron más tarde las trilladoras a vapor, enormes, pesadas y de difícil transporte, que aprovechaban la paja como combustible y eran transportadas por veinte bueyes que necesitaban no menos de treinta hombres para su manejo. La primera funcionó cerca de Rosario aliá por 1858 y fue popular enseguida en todas las colonias de Santa Fe. El tractor apareció ya a comienzos de siglo, alrededor de 1907, pero no pudo competir con los animales de tiro hasta muchos años después, casi hasta fines de la década de los años veinte. La mecanización fue parte integrante del proceso de la revolución agrícola, movimiento no homogéneo ni contemporáneo en la Pampa Húmeda, como se ve. Con el sistema de arrendatarios se reforzó la agricultura, aunque los dueños de la tierra se resistieron muchas veces a correr riesgos adquiriendo maquinaria agrícola, actitud que recayó sobre aquellos, que vieron afectado su presupuesto.

Estas trilladoras a vapor circulaban por la campaña bonaerense hasta 1935 y más tarde aún. Yo las he visto funcionar en una gran área triguera del partido de Tres Arroyos, específicamente en Cascallares y en Indio Rico. Su pasada por el pueblo alborotaba a los chicos y a los que no lo eran. Era un verdadero convoy encabezado por aquella tremenda y pesada máquina que dejaba profundas

huellas en el suelo, luego la trilladora propiamente dicha y la casilla de madera que alojaba al personal establo. Con poca diferencia, simultáneamente, he visto en otros lugares el mismo espectáculo en Lobería, en Napaleofú, en el partido de Necochea y sus alrededores.

Complemento de la cosecha era el transporte de las bolsas a la estación de ferrocarril más próxima. Las enormes chatas tiradas por varias yuntas de caballos y cadeneros acampaban en las vecindades de las playas ferroviarias, o en la calle frente al molino harinero, cuando lo había. La gente que vivía "del otro lado de la estación" no veía perturbada su vida normal, porque su estilo de vida estaba todavía muy cerca de la vida rural. Pero la gente del centro, muchas veces se acercaba y no sin recelo, a ver este espectáculo al anochecer. Seguramente, para muchos de ellos, era algo semejante a los campamentos de gitanos, que por esos tiempos solían recorrer la campaña, rodeados de extraño prestigio, generalmente amenazador. La imagen de estas chatas cruzando la llanura representa también un momento especial de la Tradición Cultural Criolla de La Pampa. Por suerte un aire que suele cantar don Alberto Merlo, "La chata de Lobería", rescató su imagen para siempre. No es casualidad que cuando la escuchamos, quienes la vimos, "nos tiemble un poco la pera".

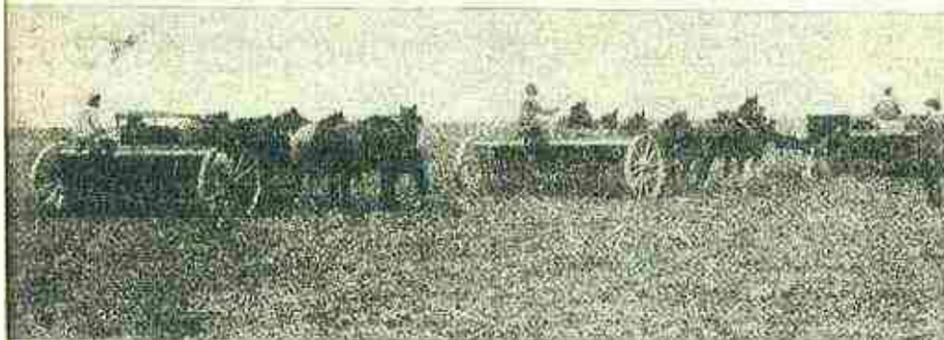
Otro gasto que los agricultores santafesinos fue el alambrado para proteger el sembrado de las vacas y caballos sueltos. Sólo cuando los hacendados necesitaron de arrendatarios para sembrar la alfalfa para alimentar a su ganado mestizo y los arrendatarios, como en el caso de los agricultores, fueron los responsables de la construcción de depósitos, graneros y galpones, de tal modo que las instalaciones fueron casi siempre precarias, porque el propietario descuidó la inversión que representaba una instalación adecuada. Así el país perdió año tras año miles de bolsas de trigo. La instalación precaria de los arrendatarios cuando los terratenientes de Santa Fe decidieron valorizar sus tierras sembrando trigo, adquirió caracteres mucho más acentuados en la provincia de Buenos Aires, según el testimonio de Faustino Huarte que cité más arriba, válido hasta plena década de los años cuarenta.

La consecuencia de la oleada migratoria de fines del siglo pasado y la primera década de éste fue la profunda transformación del estilo de vida en la amplia esfera de la Tradición Cultural Criolla de La Pampa, según la he consignado en las notas anteriores. Como dijo algún historiador contemporáneo (Rodríguez Molas) terminaba la época del gaucho y empezaba a transcurrir "la época del gringo". Y aquí hablaré del gaucho, ahora que tienes, amigo lector, una idea de cuál fue el devenir de la Tradición Cultural Criolla de La Pampa.

A LOS AGRICULTORES
La Sin Rival
 Segadora atadora combinada de Kirby
 FABRICADA POR LOS SRES. D. M. OSBORNE Y C^o. DE NEW YORK

LA CÉLEBRE
TRILLADORA A VAPOR DE ROBEY Y C^o
 Máquinas de todos tamaños,
 DE 150 A 300 FANEAS POR DÍA

Propaganda de trilladoras.



Sembradoras de los años '30.

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

por CIRO RENE LAFON

(Última parte)

nado que en ella pacía, que era cazado por los componentes del otro grupo para su alimentación y para su propio provecho, perjudicando a los primeros.

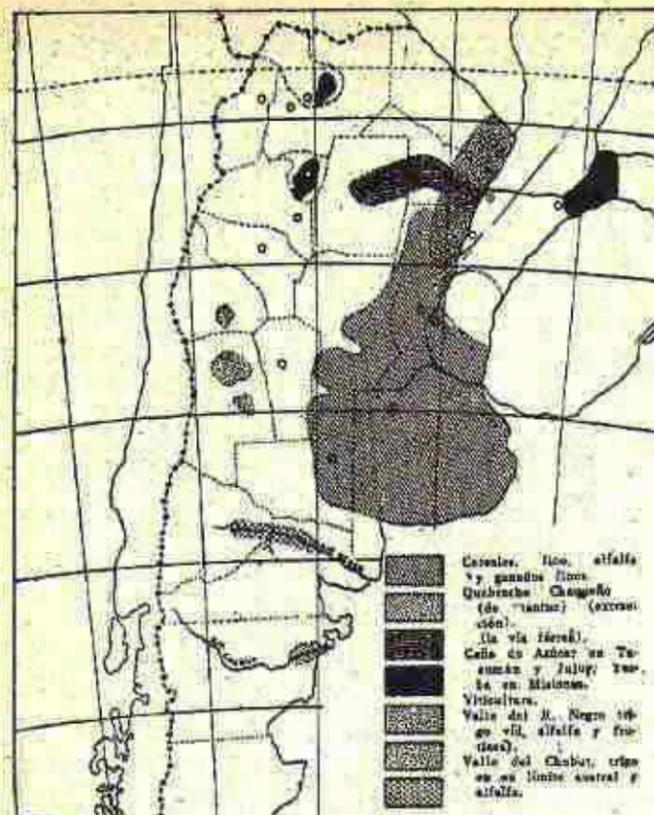
Los componentes del grupo criollo fueron los portadores de la cultura criolla que llamé Las Vaquerías, no los otros. En la abigarrada documentación de la época fueron designados de distinta manera para distinguirlos claramente del otro sector, el de los españoles y terratenientes. Las distintas denominaciones denotan ya muchos de los rasgos culturales de la nueva forma cultural consolidada: jinetes, vaqueros, domadores, cuereadores, enlazadores; otras calificaciones contienen ya tonos peyorativos que preanuncian situaciones futuras, a saber, "mozos bagamundos", "ociosos y bagamundos" o "amigos de las cosas nuevas". En numerosos documentos aparece el término *palsano* aplicado a criollos adaptados al medio y diestros en el trabajo de campo. Ya en el siglo siguiente, se suele denominarlos "pobladores rurales". La gama es bastante amplia entre los que viven en el ámbito de la estancia: indios conchabados, peón conchabado, arrimado, entenado, agregado con rancho, mozo de faena, peón asalarado, domador criollo, peón baqueano, rastreador y otros semejantes.

En la otra Banda del Plata existen otros nombres para denominar al poblador rural o *palsano*, cuyo patrimonio cultural es equivalente. Las primeras son *changador* y *gauderío* que aparecen cuando se establecen los grandes pobladores en la Banda Oriental. *Gauderío* sirve para identificar "a gente que vive como quiere, sin saber de dónde vienen o de qué se alimentan, pues no trabajan". La denominación cubre tipos diferentes, a veces son portugueses, africanos, indios, españoles americanos o sólo mestizos, que han adoptado el estilo de vida de la vaquería. Geográficamente este nombre se difundió por Río Grande del Sur, Misiones, Santa Fe, Corrientes y llega a Entre Ríos. La

segregación llegó a tanto que el gobernador Andonaegui ordenó al comandante de Las Víboras "quitar cuanto rancho halga de gente vagamundo..." y "se quitara y quemara el rancho a los que no sembrasen y cultivasen la tierra" (1746).

La forma cultural de los gauderíos es exactamente igual a la del *palsano* de esta banda en la misma época. Buen número de ellos trabajan para los hacendados del Río Grande y para los estancieros de Montevideo, incluido el contrabando de ganado en pie y de cueros. "Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos, del que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarra, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean y muchos que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre sus amores". Aman la vida libre y sin ataduras de ninguna especie como lo demuestra el pasear por la campaña a su arbitrio comiendo a costa del ganado aizado de las estancias. Su equipo instrumental y personal incluye cuchillos, lazos, desjarretadores, maneas, boleadoras, botas de potro y ponchos". Así describe Alonso Carrié de la Banda a uno de estos gauderíos (Apud Rodríguez Molas).

La coincidencia entre los portadores de la cultura criolla a ambos lados del Plata y en Río Grande del Sur no debe sorprendernos porque es una forma cultural que tiene existencia real y es el resultado de un proceso que ya el lector conoce. Para fines del siglo XVIII, en la otra banda, *gauderío* y *gaucho* son sinónimos y designan a los portadores de un estilo de vida que es el mismo que párrafos atrás caracterizaba a los "palsanos" de esta banda en el siglo anterior: una vida sin mayores sujeciones, diestros baqueanos, hábiles en toda la tarea rural, desde enlazar y domar hasta desjarretar y cuerear, que vivía en ranchos y que se oponía a todo lo que era extraño a su medio ya fueran



Zonas de exploración agrícola y forestal (1940).

ideas, personas o costumbres, siendo además discolos, pendenoleros y jugadores. No me importa en esta argumentación, la asociación en la documentación oficial con el contrabando de ganado o con el cuatrismo. Gaucho, en esta época, fines del siglo XVIII sirve para denominar en la vecina orilla a un cierto sector de la población rioplatense hábil en el empleo del caballo y que domina la faena rural, que no tiene fortuna ni tierra propia, y que tan pronto sirve a un estanciero como peón o como contrabandista de ganado. Es el portador de la cultura de las Vaquerías, cuya difusión en tiempo y espacio integra la Tradición Cultural Criolla de La Pampa y a partir de las invasiones inglesas, cuando el vocablo pasa a esta banda, se convierte en el nombre genérico del habitante de la esfera de la Tradición Cultural ya enunciada. Que las autoridades españolas primero y las posteriores a la Revolución de Mayo identifiquen al gaucho con los *palsanos* que no tienen propiedades ni empleo fijo, no debe interferir en lo que estoy tratando. El gaucho rioplatense para comienzos del siglo XIX era así. En este lado del Plata, en la otra orilla y en Río Grande. Los avatares de la individualización política de las repúblicas americanas no bastan para afectar la unidad cultural regional del Río de la Plata.

Durante las primeras décadas de la época independiente, prácticamente hasta el advenimiento de Rosas al gobierno, incluida la gestión de Rivadavia y de quienes lo criticaban, la situación social del gaucho no varió. La

explotación de la estancia colonial primero y del saladero después, más la legislación vigente, colocaron fuera de la ley a los no conchabados. Son ahora vagos, como antes fueron "vagamundos", pero su estilo de vida permanece, aun en aquellos que han sido enrolados al servicio de los hacendados. La crisis del año veinte y su secuela de anarquía y de caudillos ha sido utilizada no pocas veces para denigrar la figura del *palsano* y del gaucho, pero tampoco esto debe oscurecer nuestra tarea. Porque si escudriñamos a fondo ciertos fenómenos a partir del año '20, podremos observar como el sector social marginado no por ello dejó de influir en los sectores ciudadanos a través de la "gauchiparria", como ha sido llamada despectivamente la entrada del lenguaje rural en el habla urbana.

La penetración del lenguaje rural se reconoce en la lengua escrita al servicio de distinta finalidades que no hacen sino afirmar la realidad del fenómeno. Alguna vez, como ocurre con textos del padre Castañeda, opositor de Rivadavia, sirve para criticar el estilo de vida de los gauchos, pero a la vez documenta sus hábitos y costumbres en ese tiempo, que se mantienen fieles al modelo conocido. De la misma época pueden leerse textos de teatro, prensa política y poesía popular que incluye vocabulario de origen rural. La poesía de Bartolomé Hidalgo, ampliamente tratada por Ariel Gravano en esta revista números atrás, no es sino la exaltación del modo de vida criollo como opuesto al español cuyo régimen opozaba. Por esta

vía, chocamos con un tema que trataré algún día, la literatura gauchesca, que necesita urgentemente de un tratamiento cultural y antropológico, no sólo literario o estilístico o didascálico.

El ciclo que se desarrolla bajo la égida de Juan Manuel de Rosas sirvió para acentuar más la distorsión de la figura del gaucho, tanto en un bando como en otro. Para los federales en tren de demagogia y servillismo el gaucho servía al patrón que serviría a Rosas para cumplir con sus funciones de Restaurador, en tanto que los unitarios no eran más que comerciantes o cajetillas que nada sabían del campo y además vestían a la usanza europea. Para los del bando opuesto, el gaucho era sinónimo de bárbaro, integrante de la chusma o la mazorca, o el peón del matadero, según el relato de Echeverría. Tampoco esta presentación debe oscurecer el análisis. La imposición del régimen de Rosas, no representó cambio para la situación real del gaucho: ahora servirá como soldado o peón en una estancia en condiciones duras de trabajo, a las órdenes de un estanciero federal. Su estilo de vida, sin embargo, permanece esencialmente fiel al modelo que en notas anteriores he glosado siguiendo los testimonios de viajeros extranjeros, si se descuenta que ahora está "embretado" por las disposiciones legales esgrimidas por el juez de paz y el comisario. Los que no agacharon el lomo, se refugiaron por el Tuyú o el Tordillo y fueron los primeros matreros, según ya expliqué. La vestimenta responde a la imagen recogi-



da a través de las descripciones de la época. Un domador de la provincia de Buenos Aires "calzaba bota de potro, vestía calzoncillo, chiripá y poncho de bayeta punzó, mangas de camisa y la cabeza atada con un pañuelo"; un peón de la misma época "viste sombrero ordinario de paja, en mangas de camisa, poncho inglés, chiripá, calzoncillo y botines. Trae cintillo punzó en el sombrero".

Después de la caída de Rosas y en los primeros tiempos de la Organización Nacional no cambia mucho la situación. En 1860 se sanciona una ley en Concepción del Uruguay que revive disposiciones del siglo XVII, en la que establece la condición de vagos. Las levas militares, de vieja ascendencia hispánica, siguen funcionando incorporando a los que no poseen fortuna o trabajo estable. El código rural sancionado en 1865 es ilustrativo al respecto. Y la situación a principios de la década del '70, específicamente cuando aparece la edición primera de *El Gaucho Martín Fierro*, no ha cambiado. Como mi análisis no quiere ir sino por la vía del estilo de vida que perdura con las variantes del caso, remito al lector al texto de José Hernández, para que de su atenta lectura rescate indumentaria, vivienda, economía, comportamiento, relaciones familiares, vocabulario, hábitos alimentarios, interrelaciones familiares, ideario religioso, tareas rurales y otros rasgos que configuran la imagen de la Tradición Cultural de La Pampa en un momento crucial: la expansión de las fronteras y los comienzos de la marea inmigratoria.

De allí en más el proceso de cambio se acelerará geométricamente a partir de comienzos del siglo actual. El cambio social y cultural en nuestro país en esos tiempos está reclamando estudios profundos para conocer a fondo la Integración de la Argentina

Moderna que por suerte en los últimos tiempos están viendo la luz, no sin resistencias, suspicacias y resquemores, producto de la inestabilidad política de las últimas décadas, que no favorece precisamente la proliferación de tales estudios. Pero ellos existen y sería altamente provechoso que tanta gente que dedica sus afanes a "las cosas de la tierra", que dice venerar, defender y conservar la tradición, que se considera folclorista, o folclorólogo, como se dice ahora, que discurre sobre Martín Fierro a la letra hurgara con el mismo entusiasmo en la bibliografía sería, antes de pontificar sobre su contenido. Y lo mismo vale para otros monumentos literarios que no disminuyen su valor testimonial porque se los interprete a través de otra lente que no sea la crítica literaria o de modelos sociológicos estereotipados, perimidos o usados acriticamente, porque sirvieron en otros países.

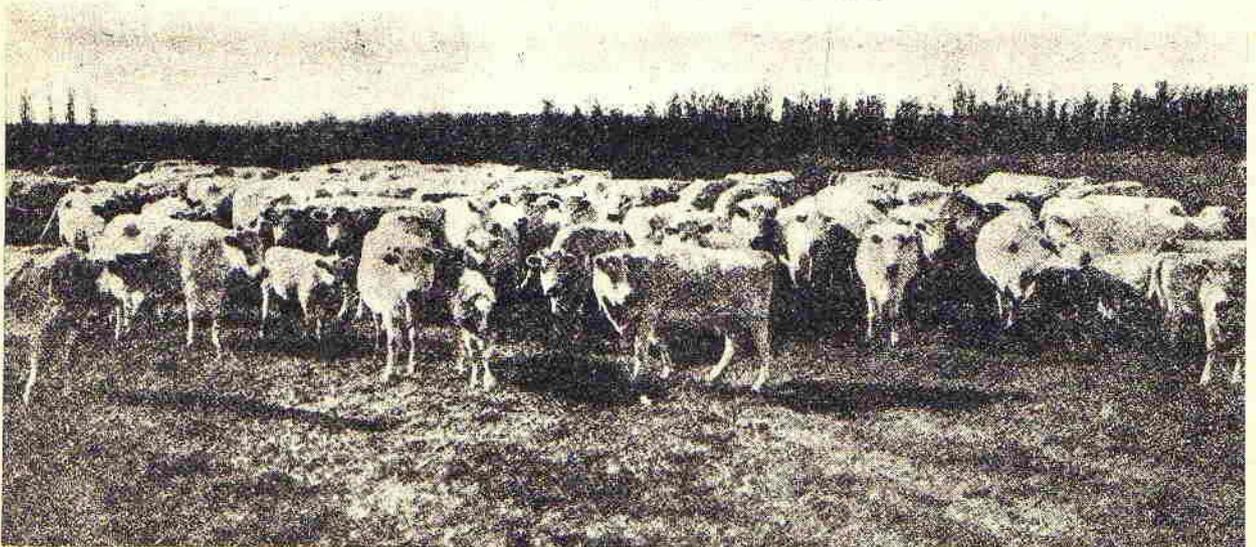
Martín Fierro permite adivinar el ocaso de una estructura social cultural y económica. El Santos Vega de Obligado es un canto a la derrota del viejo régimen, escrito en pulido lenguaje ciudadano. Aparece luego en el horizonte la figura de Don Segundo Sombra, que trajina animales ajenos por los campos de invernada, limitado por los alambrados de siete hilos y los caminos vecinales, rápidamente convertido en recuerdo para los criollos que trabajaban en los años treinta. Tiempos en los que la canción popular empezaba a correr por el éter (como se decía) y cantaba a los últimos gauchos. "Allá van, allá van galopando, los últimos gauchos ¿para dónde irán? Van flotando al viento sus negras melenas...".

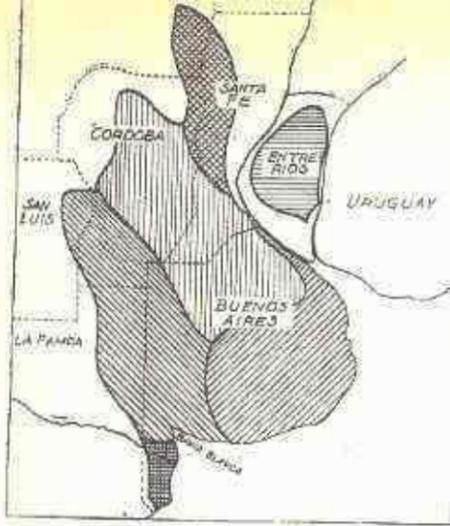
Es que iba a terminar el tiempo del gaucho y empezaría el tiempo del gringo. Ni siquiera la tradición podrá impedir la caducidad de las formas

heredadas. No es esa su misión, sino la de rescatar los valores no materiales de un arquetipo de la nacionalidad e incorporarlos a ella, incluyendo sus diferencias regionales. Eso lo hizo ya el pueblo cuando adjetivó el vocablo. Sólo falta que este proceso, que argumento en el suplemento de este número, sea cabalmente admitido en su real significación. No más disfraces, no más llorar sobre el gaucho, ni bucear en las particularidades de su atuendo. El gaucho no ha muerto, como dijo el poeta con mucho acierto. Desapareció la vestimenta, la armonía de su figura galopando al viento. Pero está en cada argentino que mira el horizonte. Cuando se evoque su figura, será con todo respeto, en las debidas circunstancias de tiempo y lugar, porque de ese modo, se podrá evocar el segmento temporal y el área geográfica de la Tradición Cultural Criolla de La Pampa, dentro de la esfera que cubrió esa tradición. Así se puede recorrer el tiempo hacia atrás y contemplar los orígenes de la nacionalidad. De otro modo el símbolo se altera. Y su significado pierde potencia. ¿Qué diríamos frente a un gaucho con atuendo del siglo XVIII como los que ilustré en las notas anteriores, en un cruce de la ruta 2? ¿O esperando que una carreta de mediados del siglo pasado nos dé paso en un cruce de la ruta 9, camino a Córdoba? Que se trata de un anacronismo. Y en el folklorismo que nos inunda ocurre a menudo eso, con grave desmedro para la cultura nacional.

Como "no hay tiempo que no se acabe ni tiento que no se corte" tampoco hay espacio que no se agote. En la próxima nota trataré el tiempo del gringo para finalmente determinar en qué fue a parar esta Cultura Criolla de La Pampa, cómo se transformó y cómo y dónde podemos reconocerla en este año de gracia de 1979.

Rodeo en una estancia bonaerense (Años '30).





Regiones trigueras hacia 1940.

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

por CIRO RENE LAFON

1. EL SEGMENTO REDUCIDO

A partir de la década de los años treinta la Tradición Cultural Criolla de la Pampa empieza a transitar por lo que los especialistas denominamos un "segmento reducido". Se entiende por **segmento** un lapso durante cuyo transcurso la vida de una tradición sufre cierto tipo de cambios, positivos o negativos, que alteran su configuración lo suficiente como para distinguirla de lo que habla antes y de lo que habrá después. En este caso, el adjetivo que califica al segmento que trataré de aquí en adelante es bien explícito. Los cambios acumulados durante el segmento anterior fueron empobreciendo la vitalidad original, a medida que lo que llamé en la nota anterior el "tiempo del gringo" fue tomando cuerpo.

A partir de 1880 empezó un **segmento convergente** resultado del impacto de la corriente migratoria procedente del continente europeo a lo que se sumó la acción de los hombres de la generación conocida como "la generación del 80" que lideraron grandes transformaciones políticas, económicas y sociales. La economía agrícola pastoril se consolidó dentro del área delimitada por la isohieta de 500 mm. Transporte y comunicaciones confluyen en Buenos Aires. De ella dependen el interior, lo mismo ocurre con Rosario y con Santa Fe, otras dos bocas de salida para los productos agrícolas. También se originan grandes cambios sociales, iniciándose un proceso de secularización que motivó hondas divisiones entre los argentinos de esa época y dio origen a ásperas polémicas. Por un lado incidió en este proceso la actitud de muchos inmigrantes —y también muchos locales— que hicieron de la posesión de bienes materiales el único norte de su vida; y por otro el ejercicio pleno de la soberanía por parte del Estado Nacional Argentino que promulgó la ley de Educación Común y la ley de Matrimonio y Registro Civil.

Hacia la década última del siglo XIX y las primeras décadas de este siglo, la campaña vive "el tiempo del gringo" que se suma a las transformaciones técnicas que traté en notas anteriores, que el criollo se resiste a utilizar de lleno. A veces son los propios hacendados que critican los viejos usos, los hábitos tradicionales o la costumbre de tomar mate o la ropa o el lenguaje de los peones. El alambrado fue la innovación que más influencia tuvo en los cambios producidos, sumado al cuidado sanitario de las majadas, la alimentación de los animales de raza, las aguadas en lotes y potreros, la construcción de galpones y depósitos para guardar lana y otros subproductos. Por ese tiempo el molino de viento se convertirá en el símbolo del nuevo paisaje pampeano.

La explotación del ganado lanar requirió satisfacer una serie de nuevas necesidades: galpones para las tareas de esquila, más corrales para encerrar las majadas y la constante prevención contra la sarna, su curación si

la infección había aparecido. Había que contratar esquiladores, vigilar el trabajo, enfardar la lana, acomodar las estibas en los depósitos, gestionar la comercialización y venta a las barracas, transportarla si se disponía de carretas o chatas y si no, tratar con intermediarios. Las majadas eran cuidadas por pastores que fueron gringos en su mayor parte, que vivían en condiciones tan precarias como los puesteros criollos, en misérrimos ranchos sin mejora alguna. Comían carne de oveja, mejor dicho, de capón, a un promedio de un ejemplar día por medio cada tres personas. Lo demás había que conseguirlo en las pulperías cercanas o en los primeros almacenes de Ramos Generales que empezaban a establecerse en la campaña, cuyos dueños no pocas veces eran socios del dueño del ganado. La explotación del ganado lanar ocasionó a menudo conflictos con la agricultura cuando la esquila se realizaba en tiempo de verano y restaba mano de obra para la siega del trigo. A propósito de las tareas de esquila es oportuno recordar que entre las primeras cuadrillas organizadas para esquila figuraron algunas integradas por vascos, que contaban con mujeres entre su personal, cosa que los criollos no miraron nunca con buenos ojos.

Pero el cambio sufrido por el inmigrante también fue intenso según los casos. El acriollamiento fue demorado cuando llegó a lugares en los que sus compatriotas estaban afinados en comunidad. En sitios como Esperanza o Baradero tuvieron sus propias escuelas, negocios y templos en manos de gente de su lengua y de su cultura que facilitó las cosas. Pero aun en estos sitios debieron ir acostumbándose al nuevo medio físico y cultural. Todo parece indicar que lo primero que adoptaron fue la vestimenta criolla, pero el fenómeno no es así de simple, sino resultado que esa ropa era la única que podía conseguir en la pulpería o en el negocio a su alcance. En ciertas zonas la adecuación de algunos inmigrantes fue casi mimética, como ocurrió con algunos judíos en Entre Ríos o "los turcos" (sirio libaneses) en la provincia de Buenos Aires. Se enmascararon tanto exteriormente que, mientras no hablaran, pasaban perfectamente por parroquianos del lugar.

Cuando los ferrocarriles comenzaron su lenta e inexorable expansión desplazaron en buena parte a las carreteras para el transporte de productos del país, con tremendas consecuencias para mucha gente que ejercitaba oficios especializados, como, por ejemplo, constructores de carretas, carreteros, troperos, sogueros y amasadores de buyes para uncir. Las comunicaciones también se vieron afectadas, aunque las mensajerías y galeras perduraron hasta comienzos de siglo, especialmente a partir de las estaciones ferroviarias que eran punta de rieles. Antes de la profundización del ferrocarril para Córdoba, se tardaba cuatro semanas para llegar. Para ir a Las Flores, en la provincia de Buenos Aires, se demoraba nueve o diez días, si no llovía.

LA TRADICION CULTURAL CRIOLLA DE LA PAMPA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

Las consecuencias de la acumulación de cambio produjeron, muchas veces, verdadera efervescencia, dando lugar a enconadas oposiciones. Por un lado, los que fueron desplazados, como los peones que quedaron sin trabajo, los servidores de tropas de carretas, los concesionarios de galeras y mensajerías, curanderas y comadronas; por otro, las tirantes relaciones entre los propietarios de tierras cercanas a Buenos Aires y los hacendados periféricos que abastecen a los saladeros, que perduran y son amenazados constantemente por los indios; a esto se sumaron las facilidades y libertades que se dieron a los inmigrantes para profesar su religión y la proliferación de matrimonios mixtos. Así surgieron discusiones políticas y religiosas que se hicieron cosa de todos los días pese a que la Iglesia predicaba desde el púlpito la tolerancia. Se entiende que esta situación era visible ostensivamente en los poblados pequeños donde uno o dos disidentes bastaban para producir una inquietud general, más todavía si la separación era cuestión de credo.

También la composición de la sociedad urbana empezó a alterar la paz de la Gran Capital del Sur: empezaban a aparecer los obreros inmigrantes que iniciaban la lucha por reivindicaciones sociales detrás de ideas anarquistas y socialistas importadas. Pero en la campaña, la realidad es otra. Los propietarios son pocos. Medieros y arrendatarios son los más. Mas todavía son los peones de la cosecha, los cultivadores de alfalfa para invernada, los que cuidaban ganado a campo y a galpón, los peones estacionales, los esquiladores, los que juntaban las papas y los recolectores de maíz.

La clase alta miraba a Europa. Viajaban todos los años a París. Algunos pusieron en sus estancias un mayordomo inglés y contrataron para sus hijos institutrices

francesas e inglesas. Sin embargo, la mayor influencia en la integración del país de lo que ha dado en llamarse la Argentina Moderna, fue la acción de la Escuela Argentina, laica y obligatoria, que dio sello nacional a los hijos de los gringos y de los criollos, que fueron educados del mismo modo, en un pie de igualdad, cubiertos por el guardapolvo blanco. Fue la escuela de Sarmiento, como a veces se la menciona, que en boca de algunos comentaristas desviados adquiere cierta connotación despectiva.

Antes de continuar con esta presentación, insertaré en esta nota un episodio singular que tuvo lugar en el centro de la provincia de Buenos Aires, que tiene particular trascendencia y alerta a la vez sobre la necesidad de encarar la historia social y cultural de nuestro país con la óptica antropológica cultural, para no caer en simples reduccionismos simplificadoros, que la reducen al marco de luchas facciosas, restándole su real significación. Es el caso de un santón, conocido como Tata Dios, que personifica una reacción local contra el gringo, tan alejada, que ocurrió a comienzos de 1872.

2. UN CASO DE MESIANISMO PAMPEANO

Al comenzar la década de los años setenta del pasado siglo, exactamente el 1° de enero de 1872 tuvo lugar en Tandil (provincia de Buenos Aires) el asalto del pequeño poblado de entonces por una banda organizada por un curandero, con cierta aura de santón, conocido como **Tata Dios** que asesinó a treinta y tres extranjeros. Según manifestación de testigos, la acción se cumplió al grito de "¡Viva el coronel Machado y el juez Figueroa! Mueran los masones y los gringos" mezclados con vivas a la Federación, cintillas rojas y banderolas blancas y rojas. La



Majada en una estancia.



El famoso merino argentino.



Calle de una estancia.

historia prueba que el coronel Machado y el juez Figueroa, en su tiempo, fueron antirrosistas, pero en 1872 eran mitristas, entre los cuales había liberales y masones, de modo que para entender el hecho, se impone un análisis más profundo para estudiar su significado. Otros testimonios contemporáneos coinciden en afirmar que un grupo de hacendados y caudillos locales azuzaron "a un grupo de gauchos" para dar una lección a los extranjeros que en ese lugar (Tandil) y en ese tiempo (1872) integraban el gobierno municipal y tenían poder político, que erosionaba el prestigio de los caudillos locales.

El **Tata Dios** fue preso, lo mismo que algunos de sus prosélitos. Otros fueron muertos a pesar de haberse enduido el cuerpo con una pomada a prueba de balas pre-

paradas por él. **Tata Dios** fue asesinado de un balazo en la prisión y dos de los suyos fueron fusilados. Otros fueron condenados y otros liberados. Algún periódico de la Capital señaló que "los asesinos (que atacaron Tandil) son buenos padres de familia, honrados trabajadores, peones de confianza de los hacendados, dueños de pequeños rodeos y tropillas".

¿Quién era este **Tata Dios**? Su origen es oscuro. Parece que provenía de Bolivia y que se había establecido en el pago de Tandil como curandero. Al cabo de un tiempo se proclamó **Enviado de Dios y Redentor de la Humanidad**. Obligado por las autoridades a dejar el poblado, se refugió en una estancia. Tuvo gran reputación. Se decía que resucitaba a los muertos y hacía llover. Combatía y odiaba a los gringos, especialmente a los italianos, por haber usurpado el territorio gaucho. Quería el exterminio de los masones y la expulsión de los funcionarios de gobierno. Cuando esto se lograra, la tierra se abriría y surgiría una Ciudad Encantada. Logró muchos devotos que siguieron creyendo en él después de su muerte y en su resurrección. Según se cuenta, ensillaban todos los días un caballo para él.

El episodio de **Tata Dios** como acontecimiento histórico, en el contexto político y social en el que ocurrió, responde a motivaciones personales y locales y tuvo como finalidad restablecer el prestigio de los caudillos del pago afectado por el acreciente avance político de los gringos. Las fuentes de esta presentación que acabo de hacer puede consultarlas el lector en el Vol. III, de la Historia Integral Argentina, publicada por el CEA en Buenos Aires en 1970, pág. 54 y 55. Se trata de un artículo de Ricardo Rodríguez Molas, titulado "El gaucho y la modernización". Otra versión puede verse en un trabajo de J. C. Torre, titulado **Los crímenes de Tata Dios, el mesías gaucho**, aparecido en Buenos Aires en 1967. (Todo es Historia, año 1, N° 4 pp. 40/45).

Existe, sin embargo, una tercera interpretación, que ostenta la firma de un ilustre antropólogo, colega y amigo, Egon Schaden, que lleva el título de **Tata Dios, Messie des Gauchos d'Argentine**, aparecida en el volu-



Un rancho de gringos.



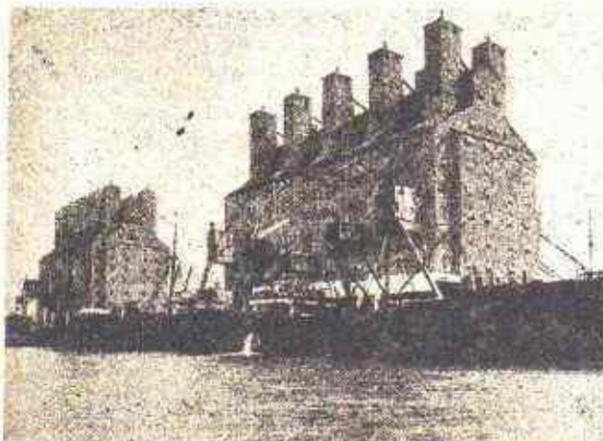
Los gauchos judíos.

men tercero, **Histoire des Religions**, en la **Encyclopédie de la Pléiade**, en París, en 1967, pp. 1103 y ss. En este artículo se clasifica el caso de **Tata Dios** entre los fenómenos mesiánicos rurales. Califica al personaje como "mestizo taumaturgo" a quien sus discípulos llamaban con ese nombre, se arrodillaban ante su presencia y lo adoraban por la profecía realizada del surgimiento de una ciudad encantada. Dice que "sus guerreros, antes de la lucha eran ungidos con óleos santos que hacían sus cuerpos invulnerables ante las balas". Luego del ataque a Tandil durante cuyo transcurso masacraron todos los extranjeros que pudieron, incluidas mujeres y niños, fueron derrotados y el profeta milagroso fue tomado prisionero y linchado. Termina diciendo Schaden que "El culto prestado a **Tata Dios** persistió sin embargo durante largos años entre los gauchos que esperaban su resurrección".

La versión de este autor es del más puro tratamiento antropológico del acontecimiento y del personaje según las versiones populares no demasiado numerosas, recogidas un poco tardíamente, cuando el fenómeno fue encarado con ese enfoque. Hay algo evidente que es la ac-

titud antiaculturación, enmascarada y confundida con matices políticos entremezclados y aprovechada por los caudillos locales, azuzando a los buenos pero iletrados criollos que velan cómo el extranjero avanzaba lentamente sobre sus campos. Quizás algunos juicios puedan aparecer como exagerados, como calificar de "santos óleos" a la pomada de un curandero, o decir que "fue linchado" después de su captura, pero esos son detalles que no alteran la posibilidad de que haya sido el comienzo de un verdadero fenómeno abortado.

He mencionado este caso para poner en evidencia cuánto nos falta por todavía a los antropólogos argentinos cuando nos decidamos finalmente a volver los ojos hacia adentro, hacia el proceso de consolidación de nuestra nacionalidad y cuánta luz podremos arrojar para entender mejor cada vez su desarrollo. Pero falta mucho todavía. Además es más cómodo y evita compromisos estudiar a bosquimanos, hotentotes, esquimales o sioux, como si fueran especímenes de zoológico, que a indios, gauchos inmigrantes, chacareros y mestizos que todavía ocupan su lugar en la sociedad argentina, y pueden contaminarnos por su vecindad.



Elevadores de granos en I. White.



Inmigrantes gitanos recién llegados (1911).

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

por CIRO RENE LAFON

CONTINUA DEL NUMERO ANTERIOR

3. LA PAMPA GRINGA

Para las primeras décadas de este siglo se va configurando una particular forma cultural en el ámbito demarcado por la isohieta de 550 mm, que fue bautizada la Pampa Gringa, que ya para la época del Centenario daba la imagen de un país pujante y arrollador, con una gran cabeza en la ciudad y puerto. El país que cantó Rubén Darío, el país de los ganados y las mieses. El éxito del inmigrante dio su carácter a la Pampa Gringa con su persona y luego lo dieron sus hijos y sus nietos. Alguno volvió a su tierra enriquecido después de largos años de trabajo, pero los más, compraron al final su fracción de tierra para seguir trabajando con sus hijos, reelaborando la forma de trabajar de su país de origen. Otros invirtieron su capital instalando un negocio en el pueblo, otra de las vías de arraigarse para siempre.

La corriente migratoria dejó una fuerte impronta en la cultura y en la sociedad no urbana y semiurbana. El gringo mezcló su sangre con los habitantes locales trayendo como consecuencia un gran mestizaje cultural. No se aislaron sino en ciertos lugares o en ciertas condiciones. En las poblaciones de cierta importancia surgieron rápidamente asociaciones, sociedades de socorros mutuos, hospitales, clubes, que agrupaban a compatriotas y sus familias. En los pueblos de campaña no faltó nunca el frontón frente a la cancha de bochas. La resistencia al cambio fue intensa en la campaña bonaerense asumiendo a veces caracteres de rebeldía. Ya me ocupé de ciertos prototipos recogidos por la literatura gauchesca, de Martín Fierro a Santos Vega y Don Segundo Sombra, a los que se agregaron después desde Juan Moreira a Hormiga Negra. Línea que se continúa mucho tiempo

LA TRADICION CULTURAL CRIOLLA DE LA PAMPA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

después en los folletines del radioteatro de la década del cuarenta y aún más adelante como un eco del tiempo que se fue y tenía repercusión todavía en el campo y en los suburbios de la gran ciudad.

Para los años treinta el criollismo se refugia en la cocina de los peones. Décimas y relatos añoran el tiempo viejo, que complementan los cuentos de fogón. Ciertas melodías y canciones acompañan recuerdos y añoranzas, como *La tapera* o *Los últimos gauchos*. Otras dan testimonio de los tiempos nuevos cuando mencionan a los "patrones que en auto van a los rodeos", o recuerdan las pujas políticas a punta de cuchillo como *Dios te salve, m'hijo*. No faltan las letras cargadas de desaliento como los versos de la canción *Opa, Opa*, conviviendo con otras que recogen el dolor de la tierra enajenada, como la que cantan las estrofas de *Como yo lo siento*, cuando pide que su campo no sea tasado "con ojos de forastero". O aquella que habla del tata Juancho que fue "muriendo de a poco pa' quedarse un poco más". El recuerdo del pasado, de sus portadores y de su estilo de vida, lo retrató Goyo Luna en sus versos titulados "Del pasao". Otra poesía más elaborada pero no menos testimonial canta al campo y recuerda la Conquista del Desierto, por boca de Silva Valdez y Cavilla Sinclair. En los medios cultos hubo ensayos fallidos como el que encabezó Ricardo Rojas con su restauración nacionalista.

El estilo de vida tradicional sufrirá un nuevo embate, que hace difícil reconocerlo, allá por 1940, como consecuencia de los ensayos de industrialización, la construcción de rutas pavimentadas, la aparición del camión, y el auge del periodismo escrito y la radiotelefonía, a lo que debe agregarse los comienzos de la reacción contra la política del fraude. Del viejo criollismo quedan sólo islotes

perdidos en la inmensidad de la llanura, determinados por su posición geográfica o por haber quedado a trasmano del tendido condicionado por intereses no siempre claros de las vías de comunicación; o bien en las barrancas del Paraná o en sus islas; o en el ángulo sudeste de la provincia de Buenos Aires que incluye desde el viejo pago de la Magdalena al Sud hasta General Conesa, Lavalle, Madariaga y Guido. Quedan también los "pueblos dormidos" a la vera de las vías del ferrocarril que va a Bahía Blanca, que conocieron épocas de esplendor, pero que han sido absorbidos por la gran ciudad a la que se accede velozmente en pocas horas por la ruta pavimentada, que casi derrotó a los caminos de hierro.

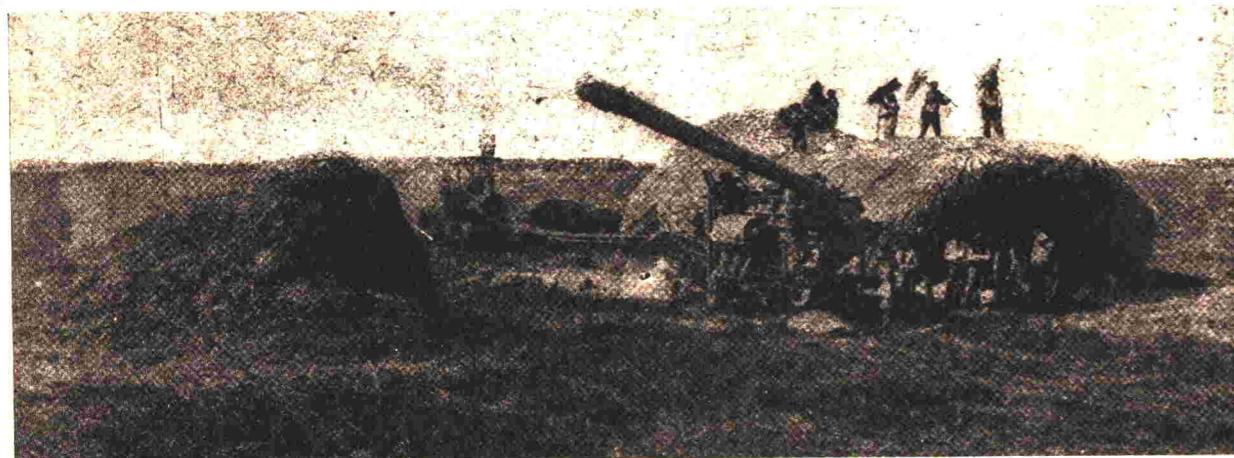
El cambio en las condiciones de vida en el campo dio origen al nacimiento de las "áreas de deterioro" como dicen los sociólogos, en las orillas de las grandes ciudades y pueblos del interior. Son las primeras rancherías "al otro lado del arroyo", o "al otro lado de la vía". En la metrópolis, quedaron en el suburbio: allí anclaron carreros, chateros, reseros, domadores, aradores, gente de los siete oficios, que vivían de la changa y esperando la época de la cosecha o de la arada. Los hubo en el Bajo Belgrano, en cercanía del Hipódromo. En Mataderos, por razones obvias, lo mismo que en Barracas y en Alsina y en el bañado de Flores. Fue una zona en la que convivían pago y suburbio. No son las "villas" de la década del cincuenta pero son un anuncio, que se concretó en Puerto Nuevo, pero que no fueron advertidos. Pero el arrabal, donde se refugió parte del criollismo venido del campo, no cuajó porque la Gran Aldea había dejado de serlo y se convirtió en el *leit-motiv* de lo que se va a llamar luego "música ciudadana".

Los personajes que allí se delinearon motivaron a poetas de distinto cuño, desde Celedonio Flores a Jorge Luis Borges en sus primeros pasos. Todavía hoy campean por los medios de difusión masivos, navegando contra viento y marea, como en carpa de oxígeno, porque añoran una imagen que ya nadie — o muy pocos — recuerdan, que se extinguirá sin remedio. La década del cuarenta terminó con ellos. Están alejándose detrás del último organito que también cantar Homero Manzi. Existen también quienes pretenden recuperar su imagen rescatando lenguajes perimidos o buceando con alarde erudito en el lunfardo que ya pocos dominan.

En nuestro tiempo, el *criollismo*, esencia de la tradición cultural criolla de la pampa, que incluye las tradiciones sociales, culturales y religiosas de los criollos, se ha incorporado al bagaje no material de la nacionalidad, agrupado en un adjetivo creado por el pueblo que las resume todas: gaucho, que al perder su sustantividad se adjetivó para conservarlas para siempre como compendio insuperable de todas ellas. La *criollidad*, entendida como el modo de ser de un criollo, subjetiva y objetivamente, que se siente criollo y reacciona como criollo y afirma su posición frente a actitudes o avances no criollos, se ha consolidado a través del tiempo y es sinónimo de argentinidad, o debería serlo. En cuanto a la *criollici-*



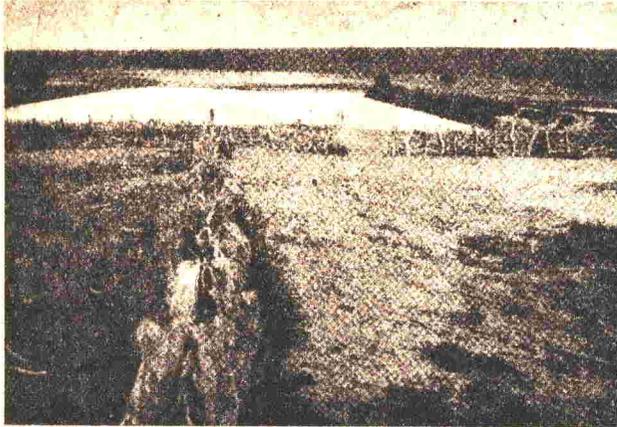
Variedades de trigo, barbados y sin barba.



Escenas de las cosechas



Rodeo de vacunos de pedigree en una estancia.



Un embalse primitivo en la Pampaseca, de San Luis. Obsérvese la división, típicamente regional. Clise del Ing. Greslebia.

dad, llamando así al conjunto de personas criollas es, a su turno, sinónimo de pueblo de la nación argentina tal como queremos todos que sea.

Y no es casualidad que la tradición cultural criolla de la pampa se haya proyectado fuera de su ámbito al servir de modelo a una nueva configuración cultural que ha tomado cuerpo como resultado de la aculturación cumplida especialmente en la provincia de Neuquén, después del arrinconamiento de los aborígenes "más allá de los ríos Neuquén y Limay". De ella me ocuparé para finalizar esta nota.

4. LA METASTASIS ARAUCANONEUQUINA

Denomino con este término de origen extra antropológico al fenómeno que dio origen a la configuración de la cultura criolla araucanoneuquina, porque su mecanismo responde a las características que tiene una metástasis en el campo de la medicina, cuando se refiere a la migración de alguna célula que lleva consigo el estigma de una enfermedad localizada en determinado órgano del cuerpo humano. El choque con la cultura europea se dio por segunda vez, en la segunda mitad del siglo pasado al ampliarse las fronteras por el sur, cuando la campaña del desierto, hace un siglo atrás. Queda entendido que esta vez no fueron los conquistadores europeos sino los habitantes de la ciudad (la civilización) cuya neta rai-gambre cultural europea opera como grupo de referencia más que como grupo de pertenencia. En esta ocasión la entrada del blanco es agresiva y violenta, pero los grupos indígenas vencidos, que fueron constreñidos a ocupar determinadas áreas estuvieron en contacto con sus vencedores, con los pobladores de áreas vecinas y con los mestizos que ya eran numerosos desde tiempo atrás y así nació una nueva forma cultural, la cultura criolla araucanoneuquina, cuyo destino parece no ser el origen de una Tradición Cultural Araucanoneuquina por razones que no es del caso tratar aquí, aunque por lo menos, es oportuno que ponga de manifiesto que la acción del Estado Nacional y la del Estado Provincial, no han ayudado a que los portadores de esta forma cultural puedan desarrollar su potencial creador en esa dirección. Tampoco hasta hace pocos años fueron estos grupos criollos objeto de la atención de especialistas, sino de curiosos, diletantes, aficionados y "benefactores" que luego de visitar Ruca Choroi, por ejemplo, para no citar sino una de las comunidades más castigadas por esos visitantes, volvían a la Capital a dar "Charlas", conferencias o a hacer exposiciones fotográficas "de esa gente", que seguía siendo "el otro", el extrañado, no un argentino más.

Los araucanos de Quila Quina y Malleo son agricultores y pastores. Poseen animales vacunos, yeguarizos, ovinos y caprinos, con los que ocupan terrenos fiscales, generalmente con permisos precarios. Así lo estudió Palavecino en 1930, apenas corporizada la nueva forma cultural. Su ganadería se caracteriza por la trashumancia estacional. En verano llevan el ganado a pastar a las partes más altas (veranada). Entre abril y marzo bajan los animales y pastan cerca de las casas en las partes bajas donde las nevadas son menos frecuentes y el pasto sobrevive.

Aunque no son cazadores, capturan cuanto animal pueden para completar su dieta. La carne de capón se consume asada o hervida y a veces hacen charqui. Esquilan por lo común en diciembre y enero y es en esa época que se ocupan algunos como peones en las estancias para hacer la misma tarea. La lana de sus rebaños la venden, conservando lo indispensable para sus propias necesidades domésticas. Cultivan principalmente trigo, avena, arvejas y habas. Para sembrar desmontan primero con cuidado para evitar incendios. Luego aran con arado chanco (de madera). Siembran al voleo y luego ramean a manera de complemento. Siegan con hoz común, dejan las espigas en el suelo que luego recogen las mujeres y los niños, lo cargan en catangas y lo llevan al lugar de trilla, la era circular donde se usan yeguas. Para aventar se usan palas de madera el día adecuado.

De la economía aborígen se conserva el hábito de recoger y consumir frutos silvestres, como el manzano, los piñones, el maqui, frutillas, zarzaparrilla, la lama, el michai, la patagua y diversas especies de hongos. Con la manzana preparan una bebida fermentada a manera de chicha. Las tareas de recolección de piñones están rigurosamente pautadas y la cosecha almacenada cuidadosamente.

La vivienda, los enseres caseros, la disposición interna y su apariencia generalizada recuerda inmediatamente el rancho de la pampa bonaerense. La vestimenta masculina y la femenina, responden prácticamente al modelo del hombre y de la mujer del campo, de los paisanos de la provincia de Buenos Aires de la década del '30. Además gustan llamarse así: **paisanos**, como una manera de identificarse con un estilo de vida en el que el denominador común es la tarea rural en todos sus aspectos incluidos aquellos de rancia estirpe aborígen.

Algunos de los hombres practican la artesanía de la madera de origen aborígen y elaboran algunos recipientes y pequeños instrumentos aborígenes. Las mujeres tejen con lana de oveja, matras, peleros y caronillas. Con lana de guanaco, ponchos y chalinas con pelo de cabra. Esta industria casera va camino de su extinción.

Corrales y potreros se hacen con palo a pique. Buenos jinetes, ya no boleaban guanacos ni avestruces. Pocos son ya los hombres que trabajan las guascas, para fabricar sus lazos, tientos, bozales, cinchas y conjinillos, industria casera que va también camino de extinción.

Existen varios núcleos de población, creados por los propietarios, o por el monte, o por los ganaderos, que no pocas veces van avanzando sobre sus tierras, para aprovecharse de ellas, con la ventaja que tienen porque estos criollos no son sino ocupantes con permisos transitorios o precarios titulares de propiedad.

La vida espiritual combina rasgos nuevos con el viejo substratum aborígen. Toda su carga ancestral se vuelca en el **ngullatun**, fiesta de tipo propiciatorio. riquísimo acervo de mitos y leyendas que recuerdan tiempos pasados de prestigio cultural reconocido, aflora a veces en una poesía naturalmente fluida en la que ya la esperanza de un futuro promisorio es cada vez menos frecuente. El número de sus viviendas va disminuyendo. Los que pueden empiezan a irse. Alguno ya trata de ocultar su origen. Otros ya no hablan su lengua. ¿No estarán empujando a faltaries las ganas de vivir?

Son los descendiente de los señores de la llanura y de las mesetas que fueron empujados más allá de los ríos Neuquén y Limay. Allí intentaron empezar una nueva vida, elaborando un estilo de vida parecido al que tomó cuerpo en sus vecinos de más al sur, equilibrando la



Rodeo en una estancia

carga aborígen con los nuevos usos y costumbres. Pero estos paisanos de Neuquén quedaron librados a su propia suerte en unos pocos islotes de la enorme Patagonia. Su potencial vital se fue gastando y allí están. Van camino al olvido y a la lenta extinción sin entender por qué razones su destino se trazó en esa dirección. Y yo tampoco. Ni tampoco mis colegas. Terminaré esta nota con una pregunta: ¿Será tarde ya? Aquí finaliza la serie de notas sobre el Nordeste y la Pampa. A partir del próximo número trataré de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste.

Vaca Holando Argentina y su cría.



Inicio aquí el tratamiento pormenorizado de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste, cuya consolidación discurrió casi contemporáneamente con la que he venido analizando en las últimas notas. El ámbito geográfico en el que se movieron hombres y culturas, portadores de la forma cultural que he mencionado, está claramente delimitado, en general y en particular, en el N° 290, ocasión en la cual presenté el escenario y los personajes a la llegada de los españoles. En el N° 292, a propósito de la situación de contacto entre europeos e indígenas, di a conocer mi encuadre teórico y metodológico, como así también la explicación concreta de una serie de conceptos básicos, a saber, cultura criolla, tradición cultural, criollismo, criollidad y criollicidad, que he usado al estudiar la Tradición Cultural Criolla del Nordeste y la Tradición Cultural Criolla de la Pampa.

De aquí en adelante trataré la Tradición Cultural Criolla del Noroeste que se gestó en Santiago del Estero, la Ciudad Madre, a partir de su fundación en 1553. En esta oportunidad explicaré con cierto detalle la fundamentación teórica y metodológica que he usado, porque fue estudiando el cambio cultural en esta región de nuestro país que tomó cuerpo la propuesta que dio lugar a esta serie de notas, que son un desprendimiento de mi obra de conjunto titulada *Antropología Argentina. Una propuesta para estudiar el origen y la integración de la nacionalidad*. Buenos Aires, 1977, Ed. Bonum. La meta que persigo con estas notas es hacer conocer a la mayor cantidad de personas posible, y con la mayor claridad, los temas que preocupan a los estudiosos de la cultura que, como el autor, miran para adentro y para atrás, única manera de enten-

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

por CIRO RENE LAFON

LA TRADICION CULTURAL CRIOLLA DEL NOROESTE

(Nota primera)



Tipo humano del noroeste (Bermúdez).



Pobladores de Susques (Román).

irreversible) de dos componentes: el componente hispánico y el componente aborigen, resultado, como dije, de un proceso de aculturación bilateral. Es algo nuevo y distinto, con existencia real, que no es ni española ni indígena. Esta realidad apareció ante mis ojos luego de pasar revista minuciosa a la documentación histórica disponible referida al siglo XVI. Para fines de ese siglo la colonización española en plena acción había desatado un proceso de aculturación de características muy peculiares. El período de ajuste no fue igual en todas partes, pero para 1600, se delineaba una cultura mestiza. Los aborígenes adoptaron vestidos, costumbres, animales y especies vegetales europeas, manteniendo las suyas y sus propias artesanías. La evangelización penetró verticalmente el rico mundo espiritual autóctono pero sin aniquilarlo, puesto que sobrevivió, enmascarado a veces, y a expensas de la tolerancia de los religiosos primero, y después, por una cierta disminución del celo evangélico en el siglo siguiente. El europeo, a su vez, sufrió grandes transformaciones, en contacto con hombres que le eran hostiles y con un medio al que tenía que adaptarse, con recursos naturales que todavía no sabía aprovechar.

La evolución de esta cultura mestiza —cultura criolla, como la bauticé— constituyó un problema muy complejo: me enfrenté con el análisis de un intrincado proceso nada fácil de desentrañar, complicado por la falta de sistematización en los datos disponibles y la carencia de estudios al respecto. Esta cultura criolla aparecía como algo muy homogéneo, pero al mismo tiempo, pude comprobar que rápidamente adquiría peculiaridades regionales. La razón de esta rápida diferenciación



descansa tanto en las particularidades culturales preexistentes como en ciertas particularidades propias de los europeos. También comprobé que la hispanización del Noroeste no se expandió uniformemente como una mancha de aceite ni su intensidad fue constante en los siglos XVII y XVIII. Concretamente me vi frente a la necesidad de solucionar dos problemas concretos: cómo medir el grado de hispanización y cómo periodizar los acontecimientos ocurridos en los siglos mencionados.

3 METODO UTILIZADO

Enfrentado con la primera dificultad recordé que un antropólogo norteamericano, George Foster, habla acuñando el concepto de "cultura de conquista" (prefiero traducir así el original inglés *conquest culture* y no cultura conquis-

der el presente y de lanzarse hacia el futuro. Las soluciones no vendrán de afuera ni podrán ser encaradas ignorando el proceso que ha venido desarrollándose sin solución de continuidad desde el siglo XVI, según se ha visto en las notas precedentes. Por eso entiendo que mi tarea responde a un viejo precepto filosófico siempre vigente: *Nosce te ipsum* (conócete a ti mismo). Cuando esto se logre y nos conozamos a nosotros mismos, dejaremos de tenernos lástima y abandonaremos viejos estereotipos que nos traban la marcha, o que nos hacen creer que solamente un milagro o algún iluminado nos salvará del desastre.

2 LA CULTURA CRIOLLA DEL NOROESTE ARGENTINO

Ya he definido a la cultura criolla como una unidad cultural nueva que resulta de la suma algebraica (y como tal,

tadora, como se hace siguiendo la traducción mejicana) en su primer enfoque antropológico de la Conquista de América, allá por finales de la década de los años cincuenta. Esta unidad cultural de carácter integrativo, comprendía una serie de rasgos específicos de la Cultura española del siglo XVI que se impuso sobre las culturas aborígenes y se difundió rápidamente por el continente, tan rápidamente que para el último tercio de ese siglo había cubierto con un enduido uniforme desde Méjico hasta el Río de la Plata.

En ese momento comprendí que podía utilizar de esta unidad para solucionar mi problema. Me valí de ella de manera totalmente distinta a la concebida por Foster. La cultura de conquista estaba integrada por los rasgos específicos de una cultura (la cultura española del siglo XVI) que se difundieron muy rápidamente, en menos de cincuenta años, por todo el continente. Coincidió su definición con la definición de la unidad integrativa **horizonte cultural** que usamos los arqueólogos en la elaboración de los datos, que nos permite enfatizar la difusión horizontal de las culturas para utilizarlas como marco de referencia. Así se habla del **Horizonte Incaico** por la rápida expansión de la Cultura de los Incas y decimos "culturas preincaicas" y "postincaicas". O del **Horizonte de Tiahuanaco** y hablamos de culturas pretiahuanaco o postiahuanaco. Del mismo modo podemos medir la intensidad de la aculturación según la mayor o menor cantidad de rasgos incaicos o tiahuanacos que haya en cada caso. Por analogía, cuanto mayor fuera la cantidad de rasgos hispánicos, mayor sería el grado de hispanización.

La hipótesis de trabajo pareció perfecta pero su puesta en práctica me obligó a vencer otras dificultades derivadas de la nueva dimensión adjudicada a la cultura de conquista, no

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

contemplada por su creador. Debí integrar una nómina de rasgos materiales, políticos, económicos y del ciclo vital que caracterizaron a la cultura que pasó a Indias, que se convirtió luego en el componente hispánico de la que llamé cultura criolla párrafos atrás, que completaron la escueta enumeración de Foster. La forma cultural implantada en el nuevo continente parece haber sido una selección determinada de rasgos que constituyeron, en un primer momento, un sistema homogéneo, como es fácil comprobar revisando su contenido, que a continuación consignó.

En el ámbito de la religión se trasplantaron las fiestas rigurosamente ortodoxas, a saber, Navidad, Epifanía, Reyes, Candelaria, Cuaresma, Semana Santa, Corpus, Asunción. Todos los Santos, Difuntos, lo que equivale a decir que pasó un Calendario religioso químicamente puro, sin concesiones a forma alguna de catolicismo popular, que arribaron más tarde, avanzado el proceso de colonización. Pasaron las festividades clásicas españolas y los autos sacramentales. Además cada ciudad grande o pequeña, como así también los pueblos de indios, tuvieron su Santo Patrono cuya fiesta se celebraba con toda pompa como se hacía en la península. Se introdujeron también las hermandades y cofradías, que sirvieron, poco tiempo después de integradas, para establecer cierto equilibrio social para indios y mestizos.

En lo político y económico se creó una burocracia organizada especialmente con organismos y funcionarios especiales. La acción colonizadora descansó en las encomiendas y repartimientos, que en cier-

tos lugares fue reemplazada en el siglo XVII por alcaldes y corregidores. En América no existieron los privilegios que había en España (fuero) y que se concedían a personas, a grupos o a ciudades. Se creó también una legislación *ad-hoc* que fueron las Leyes de Indias, aunque en la práctica nunca fueron aplicadas. Lógico complemento de estas medidas, la instalación del Monopolio como sistema de Comercio fue una consecuencia lógica. La misma uniformidad, dispuesta en las Leyes de Indias fue puesta en práctica para la fundación de ciudades y su trazado. Las calles tiradas a cordel, con la plaza central rodeada por la Iglesia, el Ayuntamiento, y el cuartel o el fuerte, se repitieron de un extremo al otro de la América Hispana.

En la agricultura se impusieron desde el comienzo las especies europeas como trigo, cebada, ajo, cebolla, pimientos, habas, frutales varios, que no excluyeron el cultivo de especies autóctonas, pero fueron dominantes. Entre los útiles de labranza, introdujeron el arado andaluz con sus aparejos, la azada enmangada, la hoz semicircular, el carro simple, la trilla en eras con yeguas o burros, el almacenamiento en sacos, la elaboración de parvas. Se introdujeron también técnicas específicas como la de arar en cruz, o denominaciones como "tierra de pan llevar", o sistemas de explotación como el de "medieros" y medidas como almud y fanega. En la ganadería fueron introducidas al comienzo ovejas, cabras, no mucho vacuno. Bueyes para arar. Burros y mulas para transporte y carga. Caballo para andar, de uso prohibido a los naturales, porque tenía el significado de un símbolo de prestigio. Aves y cerdos para comer. Abejas para aprovechamiento de miel y de cera para uso litúrgico, que aprovechó también de las distintas variedades de abejas silvestres autóctonas. Quizá pueda agregarse la trashumancia como una técnica de explotación ganadera de origen hispá-



Balsero de Guanacacne (Ibarra Grasso).

nico. Paralelamente se introdujeron ciertas formas especiales como jícaras y jarras con verdadera en los utensilios domésticos fabricados en cerámica importada, entre los cuales la más notable fue la de Talavera. Del mismo modo, la construcción de viviendas "a la española" se convirtió en práctica corriente condicionada en principio por la materia prima disponible, por la falta de artesanos especializados y de arquitectos. Las primeras manifestaciones concretas que aparecieron fueron las fábricas de ladrillos y tejas.

La vestimenta española tuvo rápida difusión como consecuencia del aprovechamiento de la artesanía textil aborígen mediante la introducción del telar español y de la rueca, que aumentó en rapidez de las tareas del hilado de los vellones. El rebozo y las faldas españolas reemplazaron la vestimenta indígena femenina y el vestido

sastreado se impuso en el sexo masculino. Perduraron hasta nuestros días algunas prendas como ojotas, poncho, **chullus**, fajas y chuspas.

Desde el principio se expandieron rápidamente buen número de creencias y costumbres españolas vinculadas con el ciclo vital, como "antojos" de las embarazadas, prácticas relacionadas con el tratamiento de la placenta, abstención sexual de la parturienta durante cuarenta días y otras del mismo tipo. Se impusieron totalmente el bautismo y el compadrazgo. Se implantó la separación sexual de niños y jóvenes, el noviazgo formal y el matrimonio religioso. Respecto de la muerte adquirió vigencia plena el ritual católico, desde la extremaunción hasta el velatorio, el entierro en féretro, la celebración del cabo de año, las novenas y funerales.

Se entiende que este siste-

4

RESULTADOS DEL PROCESO

ma cultural se implantó en bloque no bien los españoles se afincaron a lo largo de las distintas subregiones que integran el noroeste, intentando conservar intacta su unidad. Pero esto fue en vano, porque el contacto amistoso u hostil alteró su fisonomía inicial cuando se inició la aculturación con los grupos indígenas, a la que se sumó el mestizaje físico, imposible de evitar pese a prohibiciones y castigos. Así surgió la cultura criolla del Noroeste. El sistema cultural aborígen fue alterado profundamente por la acción de la cultura de conquista que actuó como cultura dominante, pero no fue anulado. Sobre pasado el primer momento de estupor frente a esa fuerza casi avasalladora, las culturas aborígenes absorbieron el golpe,

El Curaca (Loqueyozie).

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS



reacomodaron sus estructuras, adaptaron sus componentes a la nueva situación y se mezclaron indisolublemente con los invasores, dando cuerpo a la nueva entidad cultural, enmascarada en un fenotipo hispanizante, que en algún caso, no fue más que un enduido superficial.

En los primeros años pareció que la cultura criolla era homogénea, como ya dije al comienzo de esta nota, pero usando de cultura de

conquista a manera de paradigma, se puede reconocer claramente la aparición de configuraciones regionales que van individualizándose cada vez con mayor precisión. Así quedó resuelta la primera dificultad que me había planteado: poder medir el grado de hispanización. La segunda dificultad, la periodización del proceso, una vez delimitado el escenario donde se desarrollaba (ver N° 290, pág. 81, mapa de unidades espaciales del

Noroeste) la resolví en principio planteando los siguientes períodos: segunda mitad del siglo XVI, el siglo XVII, el siglo XVIII, el siglo XIX, el siglo XX hasta 1950, para estudiar los cambios producidos. Durante el transcurso de esos siglos asistirán al nacimiento, consolidación y deterioro de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste, desperdigada hoy en una serie de áreas residuales discontinuas en las que todavía pueden reconocerse número variable de rasgos, instituciones y/o complejos culturales, restos de un gran naufragio cultural, que hacen las delicias de folkloristas *sui generis* que recogen y documentan sus hallazgos como quien junta mariposas de distintos colores, para exhibir luego, a la clientela cultural ávida de novedades, con total prescindencia de su real significación.

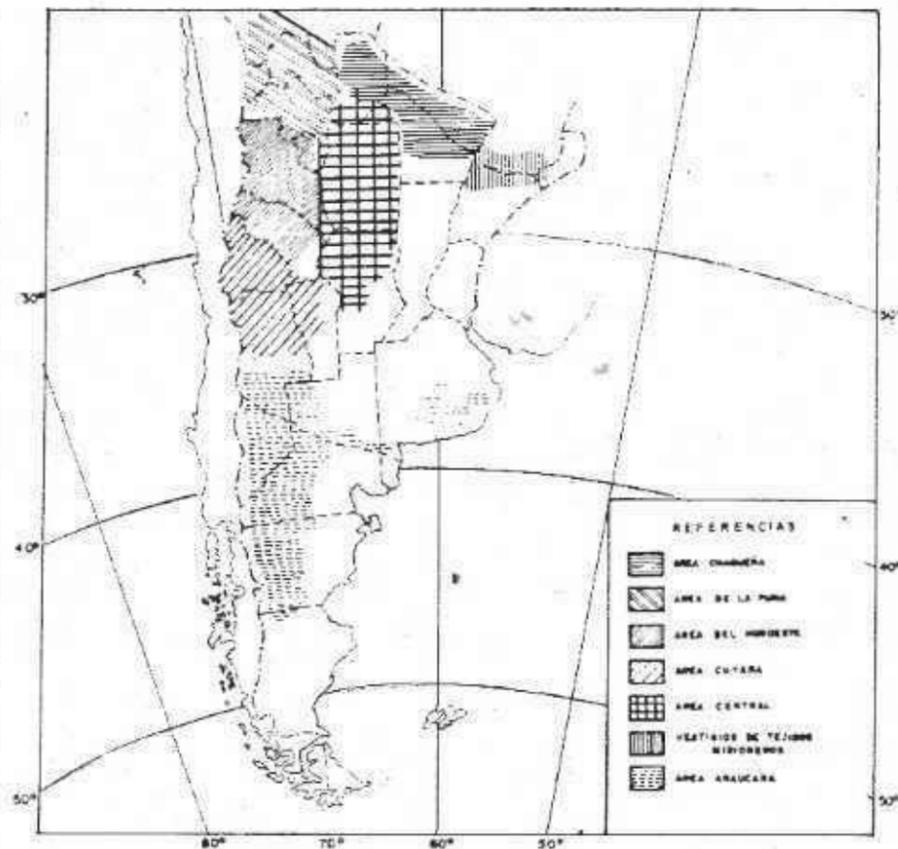
ANÁLISIS DIACRÓNICO DEL CAMBIO EL SIGLO XVI

Según expuse en el N° 290, para fines del siglo XVI ya siete ciudades, consecuencia del Proceso Fundacional, aseguraban la estabilidad de la ocupación española, que fue complementada por la acción evangelizadora, que adoctrinó y encomendó a gran número de indígenas. La vida en esos primeros años no fue fácil. Las ciudades, que no eran sino pobres caseríos, empezaban a crecer con ritmo dispar. Algunas se enriquecieron, con abundante ganado y muchas estancias, pero a costa de penurias y padecimientos, a las que había que agregar las dificultades naturales del medio y la carga de los impuestos.

El ganado caballar que trajeron los españoles de los primeros tiempos proliferó de ahí en adelante. Cabras y cerdos entraron con Núñez del Prado. En menor escala entró también el ganado vacuno procedente del Alto Perú. El trigo y la cebada se expandieron ha-

cia el norte a partir de Santiago del Estero y llegaron a Salta entre 1560 y 1570. Lo mismo ocurrió con otras semillas, como la avena y otros vegetales como algodón y ajos. La alfalfa estaba destinada a ocupar un lugar de privilegio entre los demás cultivos. Según las posibilidades se sembraban los productos locales como maíz, papa y quínoa, o los europeos, como trigo, cebada o alfalfa. El algodón cobró importancia desde el comienzo, enseñando al indígena a cultivarlo y a utilizarlo. Se favoreció notoriamente la industria textil que andando el tiempo surtirla al Alto Perú y llegaría a servir de moneda. El comercio no era demasiado intenso en tanto que la economía fue de autoabastecimiento, hasta tanto empezó el Noroeste a servir a la zona de influencia de Potosí. Prevalció el trueque como sistema de intercambio y empezaron a explotarse algunas minas en la Puna. Había pocos molinos de granos y el pan era malo y escaso.

La encomienda obligaba a reducir a los indios, a formar pueblos de indios con iglesia, cementerio, cárcel y aposento para los funcionarios encargados de dar sello europeo a los indios, que debían cumplir con el servicio de la mita, que fue exagerado y convertido casi en una esclavitud. Estos pueblos tenían sus caciques, adoctrinados y obedientes. En algunos lugares, como en Humahuaca, se dieron tierras para cultivos y se formaron verdaderos pueblos. Estas comunidades perduraron en ciertos lugares como Aimogasta hasta hace pocos años y también en ciertos lugares de Tucumán, como Amaicha. Relictos de estas viejas comunidades pueden reconocerse en varias zonas del gran noroeste. Los funcionarios españoles y los Cabildos dominaban la situación. Los religiosos aceleraban el cambio enseñando la nueva religión, que predicaba obediencia y mansedumbre. La importancia de la religión se comprueba con el fun-



Áreas de tejido aborígen (Millan).

cionamiento de un sinodo en Santiago del Estero, ya en 1597, que fija "normas para construir familias indias" y para "que se propague la raza".

La hispanización estaba en marcha ayudada por los caciques sometidos, que sirven a los funcionarios españoles, a los que se sumaron muchos indios yanacona que fueron a servir a los centros poblados y luego volvieron a su tierra totalmente aculturados. Está claro que la hispanización fue mayor en los centros poblados y en su área de influencia, en los cuales funcionaban a pleno los tres instrumentos del cambio cultural: encomienda, tributo y evangelización, mientras que en los lugares alejados de las vías de circulación cultural, bien pronto se logró un cierto equilibrio que perduró largo tiempo.

La acción de los españoles a través de la encomienda afectó la estructura vital de la sociedad indígena al perder el

indio el control de la tierra y a veces, la propia tierra por no poder pagar el tributo. Esta situación se agravó con la introducción de productos agropecuarios extraños y los instrumentos y herramientas nuevos que se impusieron al indio. El tributo contribuyó a dar mayor fuerza al proceso, porque los europeos exigían lo que ellos deseaban y lo cobraban en especies, de tal modo que los indios cultivaban según los viejos usos para ellos y según los nuevos para sus acreedores. La evangelización contribuía notoriamente a la aceleración del cambio, enseñando su misión y regulando casi a toque de campana, la vida diaria en los pueblos de indios. La presión social también hizo lo suyo: el indio no podía aspirar a nada en esta sociedad colonial que está empezando a consolidarse, aunque las leyes escritas no se cumplen. La presión religiosa persigue a la religión indígena, que se replie-

ga sobre sí misma, tanto que las divinidades indígenas parecen derrotadas en los primeros tiempos.

La gravitación de la cultura indígena en la de sus vencedores parece irrelevante en esta época inicial, si bien los españoles aprenden a cultivar y consumir el maíz, el ají, la quinua y otros frutos, aprendiendo a la vez ciertas técnicas de cultivo y de riego. También hicieron uso de yerbas medicinales, usaron morteros indígenas para moler y construyeron silos y graneros al uso local. La acción social de la cultura indígena empezará a tomar cuerpo rápidamente a través del mestizaje y de algunos blancos que adoptaron el estilo de vida de los pueblos de indios que concretará la cultura mestiza.

En los primeros cincuenta años de aculturación parece a primera vista que el triunfo de la cultura dominante es total y avasallador, pero la cuestión no es tan simple. Hubo enconada resistencia que fue más guerrera que cultural en cier-

CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

tos lugares, como en la Quebrada de Humahuaca o en Calchaquí, que paradójicamente, contribuyó a la españolización de algunos grupos. Ocurre que la que he llamado **situación de contacto** no ha sido analizada en profundidad por falta de especialistas en el estudio y aprovechamiento a fondo de la documentación histórica, única fuente que arrojará luz sobre el fenómeno de choque entre ambas culturas. Ahora que contamos con un paradigma de la cultura española que pasó a América como el que he presentado, se facilitará notoriamente el diagnóstico antropológico cultural de la

vida colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Las causas de la poca resistencia cultural en los primeros tiempos proceden seguramente de aculturación anterior, en las regiones de influencia incaica o atacameña, a la falta de coherencia política y social de ciertos grupos, a la predominancia de población rural dispersa y, al poco tiempo de iniciada la ocupación, a la disminución del número de individuos.

Resulta evidente que para comienzos del siglo XVII la hispanización avanza lenta pero segura, pero no de manera uniforme ni regular. Existen ciertos grupos y regiones que son totalmente hostiles y oponen resistencia, algunos de los cuales demoraron más de un siglo en ser sometidos. Pero ya para fines del siglo XVI la mestización, imposible de ser impedida, introducirá un nuevo factor en el proceso que adquirirá características nuevas a partir del siglo siguiente, de las que me ocuparé en la próxima nota.



CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

LA TRADICION CULTURAL CRIOLLA DEL NOROESTE

por *Ciro René Lafon*

4 DIACRONIZACION DEL CAMBIO

4.2. NOTICIA SOBRE LA SITUACION DE CONTACTO

Al comienzo efectivo del siglo XVII la evangelización continúa, y lentamente ha ido estableciéndose la burocracia religiosa. El número de religiosos ha aumentado en algunas regiones, pero la pobreza, cuando no la miseria, era el estado corriente para los frailes regulares y para el clero común. La Iglesia convocó sínodos en Santiago del Estero, con la finalidad de regular la vida religiosa —y por ende, la vida de relación y la vida cultural— de españoles e indios. Una de sus consecuencias fue la proliferación de las cofradías que se organizan activamente. Especial mención merecen las cofradías de indios, a través de las cuales pudieron recuperar algo de su prestigio y ocupar un lugar en la vida social que la Iglesia no podía negarle en su ámbito.

Hacia 1611, las Ordenanzas de Alfaro, inspiradas en la necesidad de regular el funcionamiento de la incipiente sociedad colonial, pudieron llegar a cambiar la situación de indios y mestizos, pero ocurrió lo mismo que con la legislación pre-existente: no se cumplieron. De su lectura se desprende que faltaba doctrina a los indios y que ya era corriente abusarse de ellos, tanto en la mita como en la prestación de servicios personales. Contemporáneamente, el obispo Trejo se queja, paradójicamente, de que se da mucha libertad a los indios.

Hacia 1621, otro obispo que recorrió la región, escribe que las Ordenanzas no se cumplen, que los indios andan desnudos, que trabajan como esclavos y que "los encomenderos engordan". Al finalizar esa década fueron casi desposeídos y ahí nacieron las causas del alzamiento de Calchaquí que fue, según testimonio de algún contemporáneo "una explotación para los encomenderos".

Antes de seguir adelante con el tema que me ocupa, haré un paréntesis para referirme a esta resistencia enconada que encontraron los españoles en Calchaquí, nombre genérico adoptado para designar una región que ahora es llameña. Subregión Valliserrana, según puede verificar el lector en el mapa ilustrativo que apa-

reció en la primera de estas notas (N° 290). La bellicosidad, la astucia y el espíritu de resistencia, además de su peculiar arte para hacer la guerra, permitieron una resistencia de más de cien años que costó a españoles, laicos y guerreros, jóvenes y viejos, muchas vidas, pero que al final se impuso el europeo. Y aunque parezca una paradoja, se epítio aquí el caso del Perú y el Estado Neo Inca: los grupos que más se resistieron, terminaron por ser los más hispanizados cuando llegaron a los estadios finales de su resistencia y lograron adquirir el manejo de las tres principales armas que los sometieron: el caballo, el perro y el arma de fuego. Pero ya era tarde.

Es conveniente destacar que en esta larga guerra sin cuartel se comprueba que ciertas parcialidades, y a veces poblaciones enteras, tomaron partido por los españoles, convirtiéndose en "indios amigos", especialmente Colalao y Tolombones, lo que refleja la falta de unidad de las comunidades indígenas que los españoles aprovecharon muy bien. Pero esta situación que señala no fue lo común, porque pese a esas rivalidades internas, la unidad de la resistencia se hizo a veces tan fuerte que puso en grave situación a los flamantes ocupantes de la tierra. Así puede comprobarse cuando en pleno desarrollo de juego de guerra se practicó el incendio de sementeras y destrucción de acequias, que empezaron los españoles y aprendieron los indígenas, que ganaron la partida, porque ellos podían subsistir mediante la recolección ordenada y socializada de la algarroba. La situación que acabo de poner en evidencia respecto de la destrucción de obras de riego y el incendio de sementeras es el antecedente directo de lo que ocurrió en la esfera de la Tradición Cultural Criolla de la Pampa con el malón. Los primeros en salir a maloquear fueron los europeos.

Otras prácticas guerreras complementarias como decapitación de los vencidos y uso de cabeza trofeo, o técnicas especiales, como el uso de flechas incendiarias para destruir los



asentamientos españoles, eran propias de su tradición cultural. Esta "ferocidad" no fue menor entre los españoles. La deslealtad del hijo de uno de los caciques que servía a los conquistadores, se castigó en el acto, mediante degüello a cuchillo, a sangre fría, en presencia del padre Torrelanca S. J. que dejó su testimonio.

La cuestión del aprovechamiento del caballo y su utilización como animal de guerra ya en tiempos más tardíos, cuando el Gran Alzamiento, está relatado por Don Felipe de Albornoz, cuando cuenta el ataque a la ciudad de La Rioja y dice "haber visto a los indios avisados de su salida (al frente de la guarnición española) acometer e invadir la ciudad y entrar por sus cuadras corriendo a caballo con hachones encendidos para quemarla". En el último paso de las modificaciones en las reglas del juego de esa guerra, Bohórquez les enseñó el uso de los arcabuces, mejoró su técnica para sitiar los asentamientos españoles y la manera de embestir las fortificaciones con mejores probabilidades de éxito, tanto que tuvieron a mal traer a los españoles. Del dominio que lograron los indígenas del caballo en esta región se obtiene una idea concreta cuando se leen los

juegos organizados con motivo de la llegada de un Visitador de la Orden. Entre ellos habrá una partida de pato a cargo de indígenas adoctrinados. También supieron aprovechar su mejor conocimiento del terreno. En cierta acción de guerra del gran alzamiento, en las vecindades de La Rioja, detuvieron a los españoles mediante la apertura de las represas dejando inundado el terreno con gran facilidad" con lo cual impidieron el desempeño de las caballerías, que debieron retirarse.

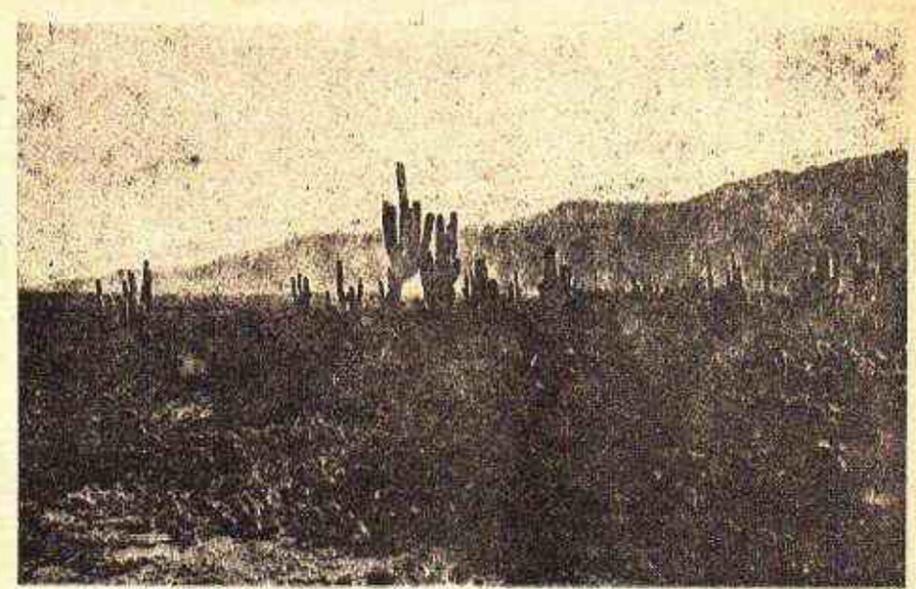
Los aborígenes acostumbraban torturar a sus prisioneros sin distinción de sexo, edad o status. El bando opuesto descuartizaba con cuatro caballos, marcaba los rostros con hierros candentes y quemó en la hoguera decenas de hechiceros.

El tono que he utilizado en este paréntesis que aquí termina, tiene por objeto rescatar, por lo menos, una parte de esta situación de contacto en Calchaquí, definitivamente hostil, que es la razón para que las fuentes históricas sean parcas en otros aspectos que serían de gran interés. Pero al mismo tiempo quiere poner en evidencia como esos cien años de lucha constante, han sido dejados de lado, o directamente escamoteados. Su dimensión era y fue homérica. Era la lucha de dos mundos, de dos culturas, de dos hombres, en la que cada parte hizo lo suyo. Eran otros hombres y otros tiempos. Pero nunca se enfatizó en las circunstancias ni se puso en práctica la objetividad, tan necesaria esgrimida por los viejos maestros de mi generación,

No es este el reclamo de una generación a otra. Los maestros a los que me refiero, eran hombres de su generación y de su tiempo. No es tampoco una manifestación de indigenismo lacrimógeno ni querer ser "la visión de los vencidos", tan de moda en ciertos medios y en cierta literatura que se presenta como objetiva. Solamente es una visión antropológica de un proceso histórico, de sus personajes reales, ubicados en sus coordenadas de tiempo y espacio, que he tratado extensamente en un libro próximo a aparecer (Arqueología y Antropología



Cráneo diaguita deformado.



Región noroeste argentino.

del Noroeste Argentino, Bs. As. 1978. En proceso de publicación) quiere escapar del modelo tradicional con el que todavía se tratan estos temas, un modelo bipolar, constreñido por dos conceptos con nombre propio: civilización y barbarie. Cada uno de ellos tenía un cajón propio, que guardaba la información arbitrariamente seleccionada y terminaba el proceso. Con la victoria de la primera sobre la segunda. De ahí en más, el Progreso.

Pero no fue así de siempre. Lucharon todos. Hombres, mujeres, niños. La lucha era de todos contra todos. Fueron implacables de un lado y del otro. Porque no puede hablarse ni de códigos de honor, ni de reglas marciales ni de paz ni de caridad cristiana, cuando el mismísimo padre Lozano cuenta que los acallanos "estrellaban a sus hijos contra las peñas ante el temor de que cayeran en manos de los españoles". Así entiendo que empieza a verse clara la necesidad de conocer a fondo la situación de contacto hispano indígena y eso exige, antes que nada, conocer a fondo los mundos que lucharon, para poder dar con la posibilidad de rehacer este momento histórico en el que comienza la Tradición Cultural Criolla del Noroeste Argentino, una de las vertientes de la nacionalidad. Y ahora vuelvo a mi discurso inicial, que buceará en los aspectos sociales del siglo XVII en el Noroeste.

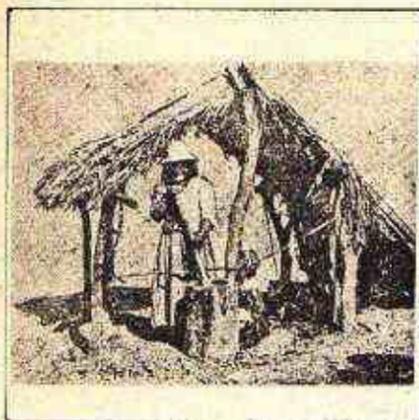
4.3. LOS CAMBIOS SOCIALES EN EL SIGLO XVII

Si bien en la sociedad colonial que empezaba a tomar cuerpo ni el indio ni el mestizo significaban gran cosa más allá de poder integrar cofradías

particulares, interviniendo así en la vida religiosa de la comunidad, no ocurría lo mismo en los pueblos indios. A poco andar muchos blancos se fueron a vivir con ellos adoptando los usos y costumbres allí conformados. Usos y costumbres nuevos, distintos, criollos cuyos portadores eran los indios sometidos y los criollos (mestizos) que estaban delineando un nuevo estilo de vida y de convivencia. Este fenómeno forma parte del centro de interés mayor del volumen que cité párrafos atrás, referido a todo el ámbito de la esfera de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste, en el que trato de todas las unidades espaciales del Noroeste. En esta ocasión me limitaré a tratar las particulares características que pueden distinguirse en los Valles Calchaquíes.

La ocupación del fondo de los valles por los conquistadores implicó la instalación de un sistema económico cerrado, autoabastecido, con predominancia agrícola pastoril, que introdujo especies animales y vegetales alóctonas, que funcionó horizontalmente y dio como resultado un estilo de vida de nuevo cuño que caracterizó una sociedad nueva, la criolla.

El mestizo fue culturalmente el heredero de su madre india, y socialmente un marginado, que lógicamente, "tiró al cerro", adonde se habían resistido primero y refugiado después sus padres, sus abuelos y sus parientes. Este mestizo fue el primer criollo en sentido prístino, que incorporó las innovaciones culturales que trajo su padre al patrimonio cultural que le transmitió su madre. Fue el portador original de la nueva forma cultural que se gestaba, cargado con una cuota visible de resentimiento por su situación. Casi podría decir que este primer criollo fue un indio distinto.



El mestizaje físico tuvo importancia notable que si bien no produjo un fenómeno tan característico como en el Paraguay. Tuvo notorias consecuencias que no siempre las fuentes históricas percibieron como tales, en razón de "la barraganía", una institución social admitida por consenso general, que sin embargo, conllevaba la ilegitimidad para sus productos, que oficialmente no eran tenidos en cuenta. Así, los primeros criollos y criollas fueron educados por sus madres, hábito que fortaleció la perduración de la Cultura Indígena. Y, al mismo tiempo marginó socialmente a sus portadores, como ocurre todavía hoy con sus descendientes. Desde el primer momento aunque las ordenanzas y disposiciones digan lo contrario, hubo marcada discriminación social y racial. Los libros parroquiales antiguos son harto ilustrativos: los fieles son clasificados en esclavos, indios, mulatos, y otros tipos. Y existía una disposición según la cual los hijos de españoles habidos con indias, debían ser reconocidos por sus padres indios.

El padre —español— en un medio natural y culturalmente distinto, también sufrió cambios notorios. Tuvo sirvientes indios y en ciertos casos algunos negros; tuvo peones indígenas que a veces fueron verdaderos esclavos y debió ir adaptándose a la nueva situación, cambiando las pautas culturales de Castilla, Extremadura o Andalucía para vivir en el ríspido paisaje de valles, cerros y quebradas. Sus hijos legítimos fueron españoles primero, españoles americanos después, antecedente directo de los provincianos del siglo XIX.

Los mestizos o los hijos legítimos —que se fueron al cerro con su madre— llevaron innovaciones procedentes del bajo que debieron adaptarse a condiciones menos favorables, en un medio aislado. En el cerro toma cuerpo lo que ha llamado "versión popular" de la cultura criolla del nordeste. En ella perduran al comienzo gran número de rasgos, complejos de rasgos, complejos culturales, industrias domésticas y artesanales de ascendencia indígena. Adquirió esta forma cultural un fenotipo hispánico, pero conservó en uso su propia materia

prima, su técnica y buena parte de sus herramientas. Cuando no pudo hacerlo por completo, adaptó las ajenas al nuevo orden, o como ocurrió con los símbolos religiosos, los cargó con otro contenido o les dio otro sentido. Cultivó las especies y crió los animales de los conquistadores, pero a su modo, sin abandonar nunca del todo sus viejos cultivos y sus viejos ganados. Alguna vez logró conservar sus tierras, o por lo menos usarlas, ya fuera como mediero o pagándola con su servicio personal o arrendándolas en cifras apenas a su alcance como ocurre en nuestros días.

En el fondo de los Valles la generación de los españoles americanos nacidos en estas tierras, afincados y adaptados al nuevo medio adquirieron conciencia de pertenencia a una sociedad nueva que hizo gala de sus nuevas pautas regionales y tomó como modelo a la Ciudad de los Virreyes, pero sin ajustarse mucho a sus patrones, que estaban muy lejos y todavía no había consolidado su propio estilo, que recién logrará en pleno siglo XVIII. A su modo, es también una versión de la cultura criolla, en la que predominó el genotipo hispánico. La he llamado la "versión culta" de la cultura criolla.

Durante el siglo XVII que estoy analizando, el contacto entre el cerro y el valle era íntimo y continuo. El padre español visitaba frecuentemente a su barragana, que criaba a sus hijos enseñándoles primero la cultura de sus antepasados indígenas y en segundo lugar, la de su padre, que incluía la lengua que ella había aprendido. Con frecuencia cuando el mestizo llegaba a los 12 ó 14 años, en edad de trabajar, era llevado por su padre a la finca instalada en el valle y allí convivía con sus medio hermanos. Más de una vez, estos fueron a pasar temporadas en el cerro y conocieron otra vida y otras costumbres más liberales y menos controladas, que en poco tiempo originaron el éxodo hacia ese lugar de muchos blancos que eligieron el modo de vida de los indios, ante la sorpresa y la indignación de los religiosos.

La estructura social para el último tercio del siglo XVII, resulta bastante compleja como consecuencia de la adaptación de los europeos, ahora españoles americanos, de segunda o tercera generación; a causa de cambios en la actitud para con los indios, de los cuales ya se ha institucionalizado el abuso, y también, a causa de cierto abandono en el mantenimiento de la conquista espiritual.

La clase privilegiada está integrada por los Vecinos, feudatarios o encomenderos; por lo general herederos de los conquistadores; por europeos que están de paso, tanto comerciantes como funcionarios públicos, y por religiosos y militares de carrera.

Todos medran a costa del indio y a estas alturas ya les exigen servicios que no les eran permitidos y emplean también a mandar en sus mujeres y en sus hijos. Los indios cargan con todo el trabajo material, desde atender el ganado y la agricultura, hasta cumplir con las obligaciones de la mita; desde tejer las mantas y fabricar alpargatas, hasta conducir las arrias de mulas y las tropas de carretas.

Un grupo intermedio eran los **populeros** o **puebleros**, así llamados porque residían en los pueblos de indios. Cumplían casi siempre funciones de mayordomos o encargados, en lugar de los terratenientes o herederos de los encomenderos que ya casi nunca visitaban sus posesiones. No fue un grupo muy numeroso pero sí muy significativo, en cuanto fueron sirvientes para sus amos, amos para los indios sometidos. A ellos deben agregarse muchos de los hijos de los vecinos que se hicieron a la vida "oscura y fácil" junto con los indios y criollos, que se sumaron así a los portadores de la cultura criolla que crece en el cerro.

Los mestizos fueron bastante numerosos pero no siempre es posible, de primera intención, desentrañar su verdadero papel porque en todos los censos, autos, probanzas y documentos oficiales son tenidos como indios y como tal son tratados, salvo cuando existe la indicación precisa de que son "ladinos" o "lenguaraces". Muchos de ellos, fueron puebleros. El papel del mestizo en la sociedad de la época que trato es de gran interés porque se trata de verdaderos criollos portadores de la cultura nueva.

Los negros, que los hubo, no fueron demasiados. Su condición de esclavos fue más un símbolo de clase, "para honra de sus dueños".

Ya antes de la mitad del siglo empezó a disminuir el número de indios como consecuencia de enfermedades y pestes, agravadas por misérrimas condiciones de vida, por malos tratos y por mala alimentación. También muchos iban con arrias y tropas de carretas al Alto Perú y no regresaban. A medida que avanzaba el tiempo, la situación empeoraba. Muchos fueron llevados a servir a la ciudad. Otros habían decidido ya no procrear, tan sufrida era la vida que tenían que llevar. Los que restaban se consolaban en las cofradías y hermandades que lo acogían en su seno sin restar su alienación. Gran número empezó a ocultar su origen. No es casualidad el comienzo del alzamiento que traté más arriba.

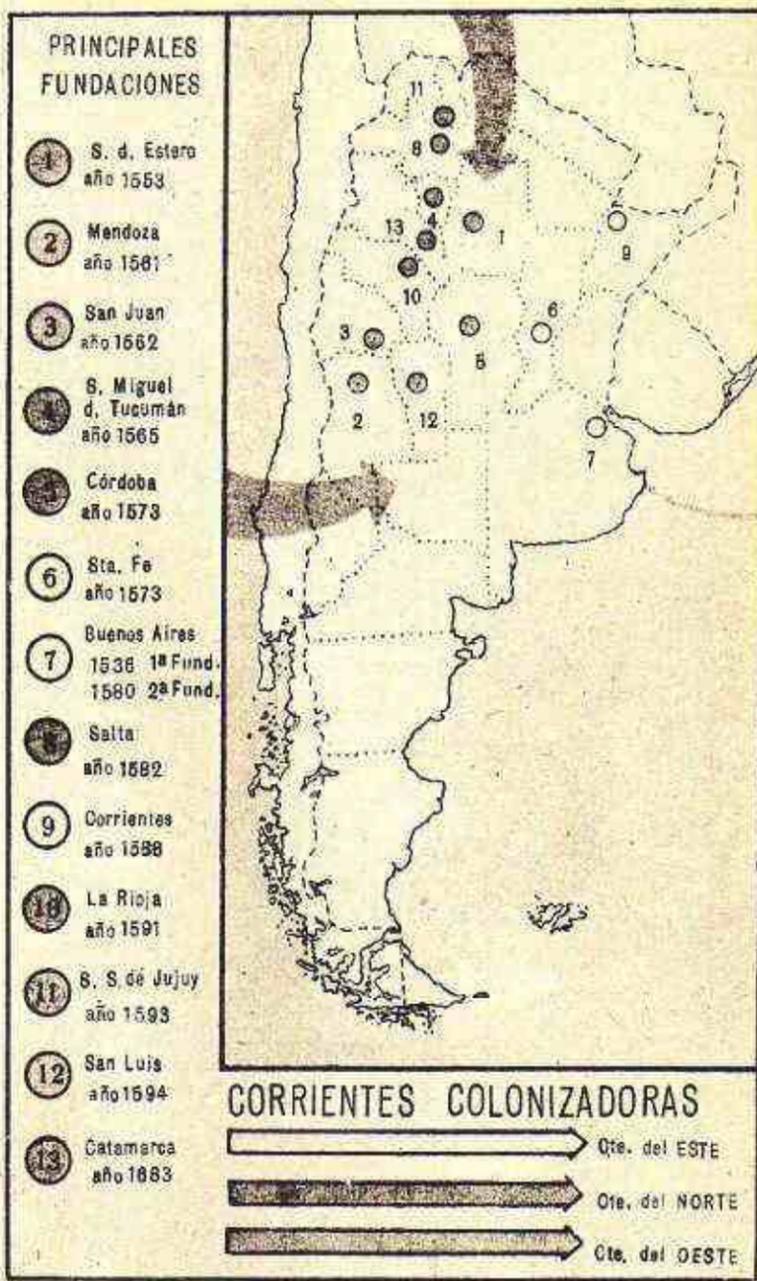
Resulta sugerente la evolución de la administración eclesiástica. La sede arzobispal de Santiago del Estero, allí fundada en 1570, fue trasladada a Córdoba en 1678. Recién en 1807

poco antes de la caída del régimen español se creó otro obispado en Salta. No resulta, pues, tan sorprendente que en la mitad septentrional del noroeste se reconozcan formas populares de la religión en la que puede apreciarse una fuerte carga de origen prehispánico.

Para fines del siglo XVII el análisis de conjunto permite comprobar que, producido el primer ajuste, empiezan

a producirse áreas de localización de la cultura criolla, destinadas algunas de ellas a ser marcadamente conservativas, en las que el substratum indígena es más individualizable, como ocurre en la mitad norte del noroeste. No es coincidencia tampoco que los indígenas de la región vayan a permanecer sujetos al Virreinato del Perú y bajo su influencia directa, hasta fines del siglo siguiente. Por el contrario, la mitad meridional, en la zona sometida a la influencia de Córdoba y Santiago del Estero, la cultura criolla está cubierta por un enduido hispánico que no alcanza a obscurecer del todo los componentes aborígenes que lleva en su seno. Esta reflexión incluye a la unidad espacial Cuyo, íntimamente vinculada con el Noroeste, pese a su dependencia administrativa de Chile.

En la próxima nota pondré de manifiesto los grandes cambios sociales y económicos que se produjeron en el siglo XVIII destinados a tener gran trascendencia en el tema que me ocupa. Te recuerdo, amigo lector, no olvidar que estas notas se ocupan de acontecimientos que se desarrollan contemporáneamente con los que he tratado cuando me ocupé de la Tradición Cultural Criolla del Nordeste y de la Pampa.



LOS ALTAMIRANO

PARA SU CONTRATACION
Bartolomé Mitre 1773
3er. Cuerpo-2º piso - Of. 211
Bs.As. — TE.: 49-3853

5. LOS CAMBIOS DURANTE EL SIGLO XVIII

por *Ciro René Lafon*

5.1. LOS ASPECTOS ECONOMICOS

La economía del Noroeste en la primera mitad del siglo XVIII siguió su consolidación y para el último tercio, totalmente ligada a Potosí, de la que era dependiente. Todo el mundo quería enriquecerse y no pocos lo lograban rápidamente. Era una región productiva y el comercio prosperaba activamente. La disminución de la población aborigen trajo como consecuencia la valorización de las tierras, cuyas mejores parcelas eran propiedad legal de los pueblos de indios, que en realidad significaba que era propiedad de los indios. La apetencia de esas tierras y el afán de desposeerlos fueron causa de innumerables abusos y de traslados en masa de po-



CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

[Tercera Nota]

LA TRADICION CULTURAL CRIOLLA DEL NOROESTE

bladores a largas distancias durante largas temporadas, ausencia que era aprovechada para sobornos y pleitos, que culminaron casi siempre con la apropiación de las tierras de los ausentes.

Los ambiciosos lucharon en todos los campos por las "mercedes de tierras" nuevas versión de los privilegios de la encomienda. La corona empezó a distribuir esas mercedes de tierras en la Metrópoli a personas cuyos antecesores no fueron la mayoría de las veces demasiado analizados, y otras veces concedidas a individuos que no habían servido a la corona "sino de pulperos" como dijo algún Obispo que conocía bien el tema. Esta circunstancia, favorecida por una nueva oleada de españoles, trajo como consecuencia un fortalecimiento de la encomienda, no ya como reparto y adoctrinamiento, sino con estas "mercedes", germen de muchos latifundios posteriores, algunos de los cuales pueden reconocerse en nuestros días. En el Noroeste, aparece algo así como un repunte de la vieja institución del siglo XVI, que en el Perú ya desaparecía, una vez vencidos los plazos por las que fue concedida, dando lugar al fortalecimiento de la figura del Corregidor.

Hacia 1770 y 1780 llega una oleada de españoles que ya no hacen gala de ser hidalgos, nobles ni segundones. Son audaces y emprendedores comerciantes que sueñan con enriquecerse rápidamente y volver a España como "indiano" poderoso rodeado de sirvientes y de lujo. Los recién llegados encontraron resistencia, pero a muchos de ellos les bastó un par de viajes al alto Perú para enriquecerse.

La explotación agrícola no varió, como no varió la técnica que la sostenía, ni la organización con respecto a la de los tiempos del apogeo de la encomienda. El régimen de la propiedad continuó siendo el mismo con las consecuencias que ya mencioné. Sin embargo la situación no era uniforme. La organización de un tipo casi feudal, se conservó mucho más en la franja norte del Noroeste, especialmente en Salta, Jujuy y los Valles Calchaquíes. En la mitad sud, las cosas se suavizaron mucho, por cuanto buena parte de su economía se orienta hacia otros rumbos.

Córdoba era ya Córdoba la Docta. Vivía una época brillante, con fuerte vida comercial, gran brillo social, y era sede del Obispado. Había en ella una sociedad fuertemente estratificada, con gran preeminencia de los religiosos, que regentaban la Universidad. Una vívida recreación de la vida y pompa esplendorosa de la Córdoba de ese tiempo puede leerse con real emoción en el poema BAMBÁ, de Ataliva Herrera. Córdoba la docta, había nacido a expensas de Santiago del Estero, cuyo brillo empalidecería a poco andar. Contemporáneamente, a mediados del siglo, será notoria la influencia de la Compañía de Jesús en esta región. Muestras de la real significación de la acción de la Compañía puedes verla, amigo lector, cuando en tus próximas vacaciones pases por Jesús María. Córdoba y Santiago eran las ciudades más importantes del Noroeste. El resto eran algo así como lo que hoy se llaman "ciudades satélite", Salta, Jujuy y Tucumán, en contacto directo entre sí, ocupaban la misma posición con respecto de Potosí.

Pero la realización de lo que algunos estudiosos llaman el

"Proyecto Español", planificado desde la Metrópoli, sufrió un brusco golpe de timón, indicando otros rumbos, que se tradujo en una serie de reformas administrativas y otra orientación económica, destinadas a tener particular repercusión en el Noroeste, que fue hondamente afectado. Este cambio de rumbo dado por la Corona respondió a causas muy complejas, que hoy llamaríamos geopolíticas, además de las económicas, relevantes de por sí, entre las que se cuentan la disminución del valor internacional de la plata y aumento correlativo del precio del oro, más el descubrimiento de oro en el Sud del Brasil y la expansión inglesa por el Atlántico.

El eje Potosí-Pacífico se traslada a Buenos Aires y el Atlántico, en aras de la política metropolitana que ha corregido rápidamente su derrotero. Esta actitud se concretó en la creación del Virreynato del Río de la Plata (1776), la Ordenanza de Intendentes y el Reglamento de Libre comercio, cuyas consecuencias serán decisivas para toda América hispana, y en particular, y para el Noroeste que estoy tratando. La integración del Virreynato del Río de la Plata responde a una realidad geopolítica, política y económica, al incorporar en una sola unidad a las tierras de Cuyo, que dependía hasta entonces de Chile y a las tierras del alto Perú con sus respectivas jurisdicciones. Pero las miras eran mucho más ambiciosas desde el ángulo geopolítico. También se integraban a esta unidad administrativa recién creada tierras africanas continentales e insulares.

El mapa del Virreynato del Río de la Plata, con sus intenciones y gobernaciones claramente delimitadas, refleja un estado de cosas que no por nuevo se aleja de la realidad. La Intendencia de Salta del Tucumán está en contacto directo, geográfico, social, económico y cultural con la de Potosí y con la gobernación de Moxos y Chiquitos. La Intendencia de Córdoba del Tucumán, está abierta hacia el este y hacia Buenos Aires, en la que se adivina la futura macrocefalia. Ni qué decir con la incorporación de Cuyo, ligada desde el comienzo a las tierras que la circundan.

Las consecuencias económicas del Reglamento de Libre comercio afectaron negativamente al interior del país, especialmente al centro y al noroeste. Al establecimiento de la Aduana en Buenos Aires, le siguió la instalación del Consulado, prueba de que existía ya un comercio activo que se centralizaba en ese puerto. Agregaré, además, que en ese mismo lugar había un economista de primera fila, pensando en quien se creó esa institución: se llamaba Manuel Belgrano, destinado a ser un héroe de la época independiente, cuyos aciertos en otros campos, incluida la creación de nuestra bandera, oscurecen sus contribuciones anteriores y contemporáneas. Tanto que fue hasta el inspirador de la famosa Representación de los Hacendados. La inundación de mercaderías que entraba por el "puerto único" empezó a perjudicar lenta y seriamente al interior a medida que transcurría el tiempo, compitiendo primero y afectando después a las artesanías y nacientes industrias regionales.

La pujante industria textil, innumerables obrajes, ingenios azucareros, talleres artesanales, molinos y olivares empezaron a languidecer después del rudo embate. Quizá quienes acusaron más el impacto fueron las provincias cuyanas y Catamarca, que vieron cómo sus capitales y posibilidades se desvanecían rápidamente. Salta y Tucumán, si bien no fueron perjudicadas del mismo modo de inmediato, a la larga entran también en la dependencia de Buenos Aires. Santiago del Estero sufrirá su primera gran frustración. Hacia La Rioja convergen cierto número de inmigrantes de zonas vecinas, que localizan en ella alguna explotación ganadera para sobrevivir.

El repunte económico de Buenos Aires, ciudad y puerto, ya lo conoces, lector amigo, de mis notas anteriores sobre la Tradición Cultural Criolla del Noroeste y la Tradición Cultural Criolla de La Pampa. La actividad del puerto se sumó a la superación de la economía *sul generis* de la Vaquería, mediante el aprovechamiento de las carnes secas y saladas, cuyo destino era los países esclavistas, desde Brasil y las Antillas hasta el Sur de los Estados Unidos. Pero casi tanto como este comercio legal, hizo el contrabando activo hacia las vecinas colonias portuguesas, a partir de Entre Ríos y la Banda Oriental, mejor ubicadas que otros lugares para ejercerlo. De este modo Buenos Aires estructurará su poderío económico frente al resto del país, sin contar con que a partir de 1791, se convirtió en uno de los centros del tráfico de esclavos.



Asiento de los gobernadores del Tucumán.

5.2. LOS CAMBIOS SOCIALES

Durante el transcurso del siglo XVIII se replantea una nueva estratificación social, como consecuencia, en parte, de la llegada de la nueva oleada de españoles, del nuevo régimen de la posesión de la tierra a partir de la concesión de mercedes de tierras, de la disminución del número de indígenas, del despoblamiento de las regiones rurales y de la aparición de "arrendatarios" y "medieros" que ya existen a comienzos del siglo XIX. El número de mestizos también aumenta, pero su papel social no está todavía claramente delimitado, aunque pueden adivinarse ya algunos indicios para reconstruirlo.

Los descendientes y los herederos de los conquistadores, como beneficiarios de las encomiendas, se han empobrecido, a veces por falta de iniciativa, a veces por no haber trabajado sus tierras, y otra, por que se dieron a la vida fácil de los sectores rurales, en los pueblos de indios o en sus vecindades, fortaleciendo de ese modo la vida de la cultura mestiza, especialmente en el cerro. Se han venido a menos muchos de ellos, pero algunos conservaron la propiedad de sus tierras, en tanto otros pasaron a manos de los recién llegados.

En la que puede ser considerada "clase alta", o privilegiada, pueden distinguirse dos sectores. Uno que he llamado la "aristocracia de sangre", compuesto por los descendientes y herederos de los conquistadores y primeros colonizadores; otro, "la aristocracia del dinero", que son los nuevos ricos, que han obtenido sus tierras por "mercedes" y no "por servicios" como los integrantes del primer grupo, que oponen su linaje y su prosapia, deteriorados económicamente, a la pujanza que proporciona el dinero de los segundos. Complementariamente, esta clase alta está integrada, como en el siglo anterior, por los funcionarios de la colonia, el clero jerarquizado y los militares de carrera.

A poca distancia de estos sectores se acomodan algunos pueblos que se enriquecieron a costa de sus amos y de los indígenas de los pueblos de indios, que se hicieron propietarios en las zonas rurales. He dicho "a poca distancia" en cuanto su posición económica se acercaba a los primeros nombrados, pero en la práctica, socialmente hablando, no integran la "clase alta" por su condición de mestizos en su mayor parte y porque eran, culturalmente hablando, portadores de la cultura criolla, gestada en el cerro.

El papel de estos "mestizos", que son los verdaderos criollos, no ha sido investigado en profundidad todavía, pero quien escribe estas notas está en condiciones de adelantar algunas comprobaciones muy sugestivas producto de la indagación "en el campo", entendiendo "campo" por el estudio "en vivo" de las comunidades no urbanas contemporáneas. Algunas de ellas ya han sido publicadas y el lector puede leerlas en una de las obras de autor titulada "Notas de Etnografía Huichafreña" (Bs. As. 1977. Ed. Glauco).

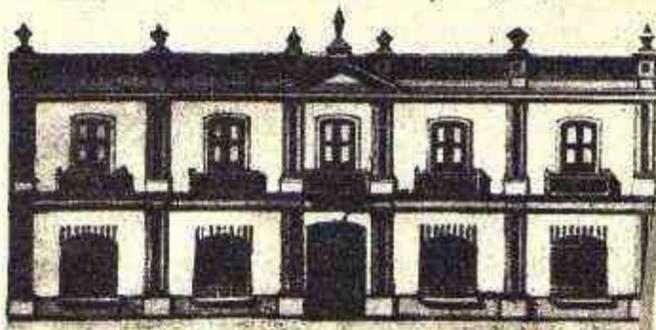
CULTURAS REGIONALES ARGENTINAS

Para fines del siglo XVIII algunos de estos mestizos, como los que acabo de citar, lograron convertirse en propietarios y conservaron sus tierras sin enajenarlas de generación en generación, pasándolas a sus hijos, manteniéndolas algunos de ellos hasta nuestros días, como lo he comprobado en algunos lugares de Jujuy. Esta observación, localizada geográficamente en lugares aislados, en tierras no muy productivas pero suficientes para vivir en una economía de autoabastecimiento, es un verdadero relicto de la vieja comunidad criolla que perdura, que no ha sido avasallada por el papeleo y los pleitos que terminaron con ella en vastas extensiones del Noroeste. Un dato complementario de gran interés antropológico y social para entender la estructura social de estas comunidades está dado por un hecho singular: cuando una nueva pareja se constituía y ambos cónyuges eran propietarios, la mujer conservaba su tierra y la trabajaba independientemente de la de su marido (Juella, Pcia. de Jujuy, 1966). Esta información abre perspectivas insospechadas para apreciar la importancia que tiene el estudio serio de nuestros compatriotas del noroeste, indispensable para su incorporación y su integración definitiva al Estado Nacional Argentino, más allá de la simple visita turística, aunque esta sea concebida como una manera de conocer el pasado argentino o de ejercitar la soberanía, como dicen los avisos radiales y televisivos de estos días.

Como ya dije, a principios del siglo XIX aparecen ya los "arrenderos" y los "medieros" como personajes corrientes, lo que permite suponer que ya a fines del siglo anterior los había. Entiendo, como hipótesis casi demostrada, que el surgimiento de este tipo de explotación de la tierra es una consecuencia del desinterés progresivo con que los beneficiarios de las encomiendas primero y dueños después pusieron en el aprovechamiento de las grandes extensiones de tierras que poseían. En un principio el "arrendatario" o "mediero" pudo, como una concesión, obtener algún beneficio de las tierras o el ganado que explotaba, pero sin perjuicio de la prestación de servicio a que lo obligaba el viejo régimen de encomienda, situación que no varió mucho con el régimen de "mercedes de tierras" y que perduró mucho más todavía, durante la época independiente. Tanto que en ciertos lugares esta prestación personal puede reconocerse en ciertos rasgos de los convenios —no escritos— vigentes en nuestros días, como por ejemplo, juntar leña para el propietario u otros servicios por el estilo. La gran mayoría de los pobladores rurales del Noroeste durante las guerras de la Independencia pertenecían a ese sector social. Los documentos de la época y en especial los "roles" de las fuerzas patrióticas que acompañaron a Belgrano en el Ejército del Norte y a San Martín en el Ejército Libertador son ilustrativos al respecto. Lo mismo ocurre con los criollos propietarios que colaboraron activamente en esas campañas desde el primer momento.

Decrece la densidad de la población rural. La situación del indígena no varía pero se acentúa la disminución de su número y empiezan a ocultar su origen. Los negros también disminuyen porque van siendo absorbidos lenta pero inexorablemente por el mestizaje.

Antes de cerrar este acápite debo poner en evidencia un denominador común en todos los grupos que integraban la "clase alta": todos ellos tenían aversión por el trabajo manual y aspiraban para sus hijos la boria de doctor, el bonete de sacerdote o la casaca del militar, posición que compartían los integrantes de la clase alta en el cuadrante Noroeste del entonces Virreynato del Río de la Plata, que andando el tiempo fue asumida por los extranjeros de la pequeña y de la gran inmigración del siglo XIX y por muchos criollos, que im-



El Consulado de Buenos Aires.

pusieron a sus hijos las llamados hoy "carreras tradicionales", haciendo de la Argentina el "país de los doctores". Pero al mismo tiempo debo consignar que los hijos de esa generación de españoles que fueron a estudiar a Córdoba, a Charcas, a Lima o la metrópoli, trajeron consigo a su regreso las nuevas ideas con las que hicieron la Revolución de Mayo.

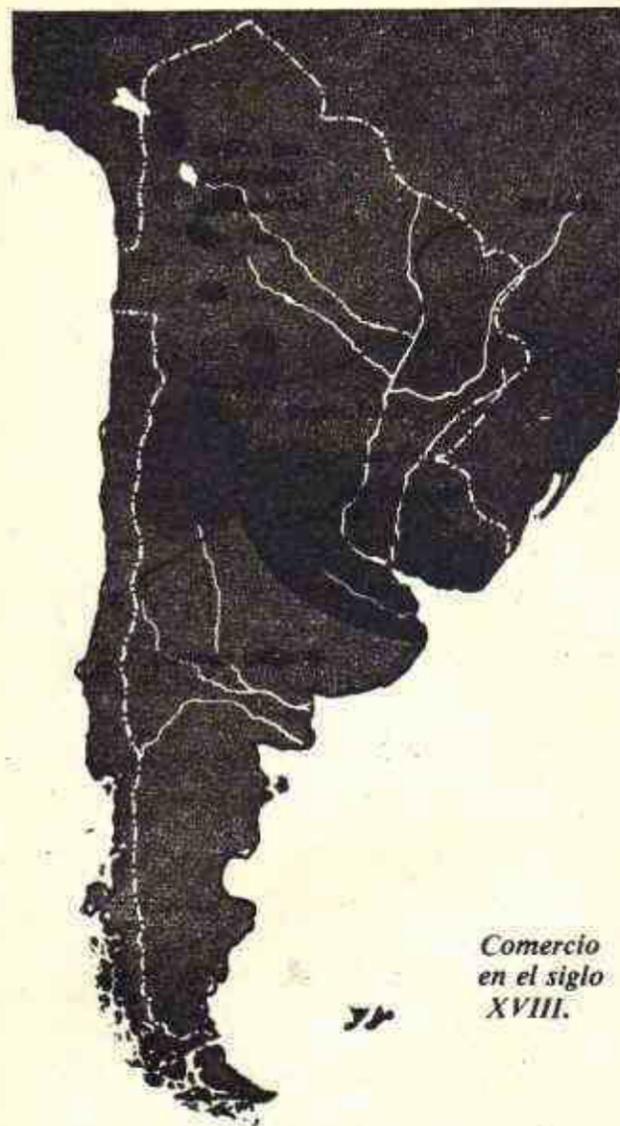
5.3. ASPECTOS RELIGIOSOS

A lo largo del siglo XVIII parece comprobarse una disminución del celo evangélico que es simplemente falta de sacerdotes, como puede deducirse de la lectura de los documentos de ese tiempo de distintos lugares del Noroeste. Los religiosos reclaman la rección de nuevas parroquias para atender las necesidades de los indígenas recién convertidos que aumentan día a día, especialmente en el ángulo noroccidental que abarca las unidades que llamé Puna y Quebrada de Humahuaca.

A fines del siglo, el abad Illama, famoso por su actividad evangélica y su celo doctrinal, se queja por que en los curatos de Humahuaca, Casabino y Cochinoca viven "indios puros", sin otra mezcla, que conservan sus hábitos y supersticiones, a pesar del funcionamiento de la actividad religiosa organizada, tanto que en esos días, tenía conflictos con la autoridad civil. A este respecto no deja de ser sugestivo que los tres curatos que menciona el documento citado eran los más ricos de toda la diócesis del Tucumán por su producción de metales preciosos tanto los extraídos de las minas como de los torrentes que arrastraban arenas auríferas. El hallazgo de pepitas de más de una onza era relativamente corriente según han llegado las noticias de esos días, que también mencionan la existencia de vetas riquísimas, en plena producción bajo la dirección de los jesuitas, que fueron tapiadas cuando la orden fue expulsada; perdiéndose así la ubicación precisa.

La lentitud de las comunicaciones y el papeleo burocrático característico de la administración religiosa hizo que los reclamos para satisfacer las necesidades de atención religiosa y la noticia de la existencia de indios sin adoctrinar se conociera con mucho atraso, tanto que la respuesta de la jerarquía eclesiástica creando el obispado de Salta tuvo lugar recién en 1807, cuando en España tambaleaba ya el régimen amenazado por Napoleón. No resultarán extrañas a esta situación algunas referencias que haré más adelante respecto de ciertas manifestaciones religiosas populares que conservan una fuerte carga de origen indígena.

Ocurre que en el extremo noroccidental del Noroeste el fenómeno de la evangelización tuvo ciertas particularidades que le prestan un interés particular. La agresiva acción de los religiosos de la primera época perturbó y penetró el sistema religioso aborigen, alterando su funcionamiento, pero la posterior declinación de la actividad apologetica hizo que las viejas divinidades de la tierra recuperaran su fuerza alrededor de ciertos aspectos fundamentales, vinculados específicamente con ciertos ritos de fecundidad, que han resistido al paso del tiempo. Muchas de estas formas de religiosidad popular funcionan todavía, aunque no sean



Comercio en el siglo XVIII.

todas de la misma jerarquía ni provengan todas de un mismo horizonte cultural. Más adelante trataré en particular de este tema a los efectos de calar su significación exacta. Debo agregar, para completar el cuadro de situación, que los integrantes de la nueva oleada de españoles que se instalaron en la región no eran católicos al estilo de los viejos pobladores. Estaban demasiado ocupados en enriquecerse y en gozar de los bienes materiales, como para preocuparse por cuestiones del dogma o cumplir con todos los preceptos establecidos por la Iglesia. Menos lo estaban todavía para interesarse en la atención espiritual de los indios. Cumplían lo imprescindible como para no desentonar con las formalidades de la comunidad.

5.4. LA CULTURA CRIOLLA DEL NOROESTE AL FINALIZAR EL SIGLO XVIII.

La uniformidad inicial de la cultura mestiza, la cultura criolla del noroeste, ha empezado a descomponerse con mayor aceleración a medida que se extendía en el espacio y se transmitía socialmente en el tiempo. Empezan a tomar cuerpo las diferenciaciones regionales que irán acentuándose cada vez más, respondiendo a condicionamientos ambienta-



Monedas del tiempo de Fernando VI.

les, a distintos aprovechamientos de los recursos naturales y fundamentalmente a la capacidad y a la iniciativa de sus portadores, que están en vísperas de tomar conciencia de su individualidad.

La distribución de la cultura criolla en el Noroeste al iniciarse el siglo XIX aparece como la yuxtaposición de tres configuraciones que difieren entre sí lo suficiente como para distinguirse, pero no tanto como para que no se reconozca el substratum cultural que comparten. La configuración septentrional se corresponde con los límites de la Intendencia de Salta del Tucumán. La configuración meridional, que coincidía con la intendencia de Córdoba del Tucumán, en cuyo cuadrante sudoeste se delineaba con claridad la tercera configuración, localizada en la región de Cuyo.

Esta concepción, producto de la metodología que he utilizado, difiere de la presentación que hiciera Bruno Jacovella en 1958 en varios aspectos. La diferencia reside en la especial consideración que ha prestado al substratum aborigen y al proceso de hispanización que se cumplió en el siglo XVII. Además, la especificación de la configuración cuyana responde, por un lado, a los antecedentes etnohistóricos que la presentan como habitat de grupos marginales tanto de los agricultores andinos propiamente dichos como de los cazadores de la Pampa y de la Patagonia Septentrional; y por otro lado a su vinculación y dependencia administrativa de Chile, hasta la creación del Virreynato del Río de la Plata.

Cabe que agregue una reflexión sobre la Puna Argentina. Allí la cultura criolla inicial no sufrió demasiados cambios para esa fecha y, como he dicho, existían en ella todavía buena cantidad de "indios puros" como dijo el abad Illama. Sin embargo existen en ella las pruebas arqueológicas de un largo periodo hispano indígena que demuestran un contacto íntimo y prolongado. En otra oportunidad me he ocupado de este asunto con el título **Un estudio etnográfico comparativo de la subcultura Humahuaca**. (Runa, vol XI Bs. As. 1968).

Puedo decir, para finalizar esta nota, que la nitidez de la carga indígena en la cultura criolla disminuye de norte a sur. En la configuración meridional confluyen dos fuertes corrientes de hispanización la que viene de Chile y la que vino del Perú y se centralizó en Santiago del Estero primero y en Córdoba después, a lo que se suma el aporte que llega del Río de la Plata. La hispanización también tuvo lugar en la configuración Septentrional, pero en ella el elemento indígena transformado y/o enmascarado, forma parte del paisaje social y cultural. En la próxima nota, me ocuparé de los cambios en el siglo XIX. Y su incidencia en la Tradición Cultural Criolla del Noroeste.

Las ilustraciones de esta nota pertenecen al libro "Historia Argentina", de Natalio Pisano.